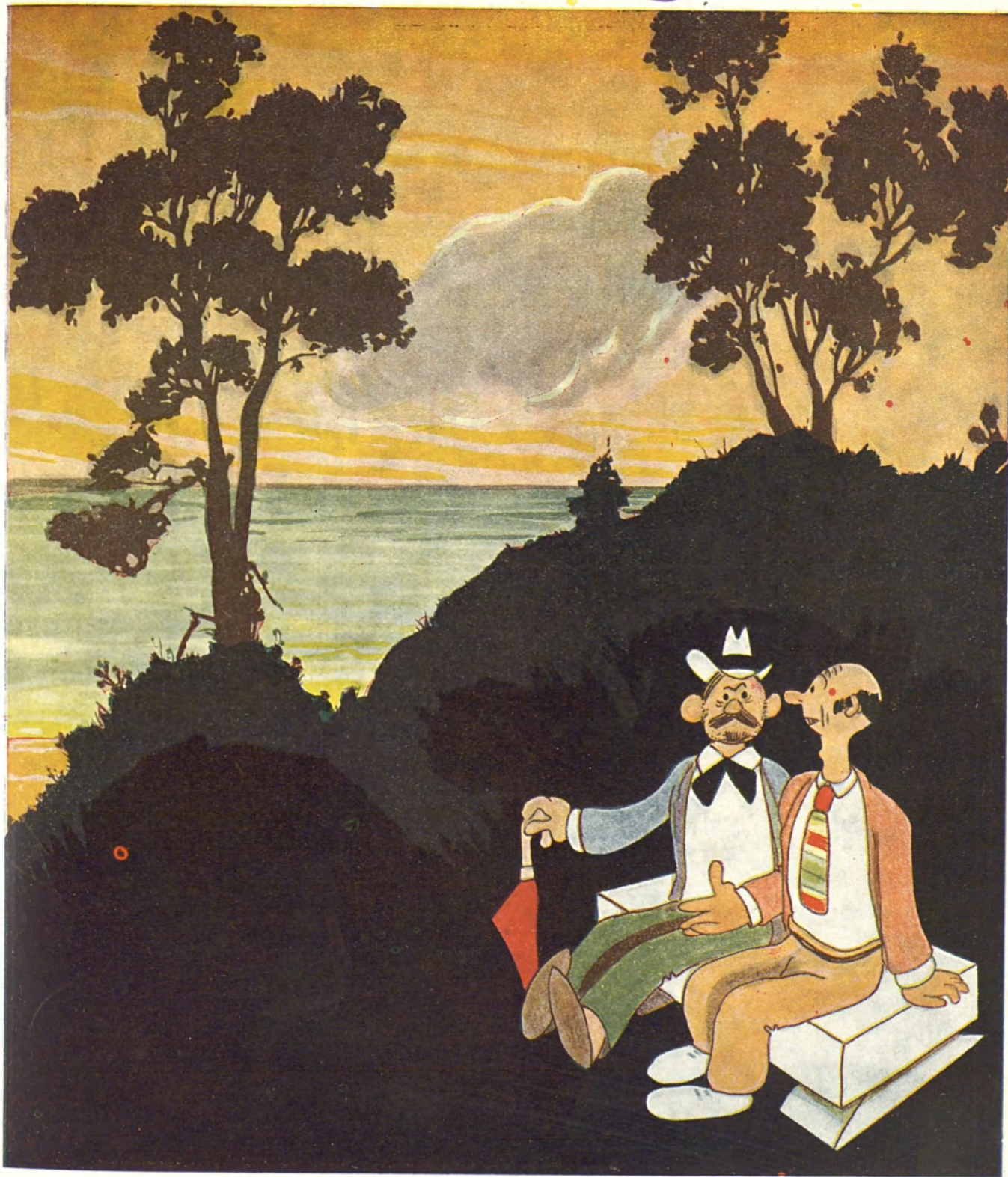


BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—Yo, cuando escribo una obra, no me preocupo más que del estilo.

—Sí, sí; ha escrito usted ya muchas barbaridades por el estilo.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Ángel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

Los famosos polvos insecticidas LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE SEPTIEMBRE

Primera serie de soluciones

AMADO LARRUY.—Barcelona.

Señorita Nicasia Valdecillas.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes ae ayer en la calle de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de usted y de su modo retrechero de llevar el monedero. Ni fumo, ni juego, ni bebo, Nicasia, y mi vida de soltero, es un verdadero tango arrabalero. Y por eso la envío estas líneas al apartado número 87439 para devolvérmelo con un sí que haría mi felicidad, o un no que precedería breves momentos a mi vida.

Esperando que no será usted cruel, se despidió de usted su más tierno y rendido adorador que sabe la idolatra,

Aristogénés Cañamón.

2 Septbre. 930.

Adiós.

TERESA BENZANO AMOR.—El Ferrol.

Señorita Nicasia Velasco.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes al ir para el baile en San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su belleza y su modo retrechero de llevar el mantón; desde ese instante ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de seguir así será errante como perro arrabalero. Y por eso la envío, y no se asuste, ese revólver número 87439 para devolvérmelo con un sí que me dé la felicidad, pues un no que precedería breves momentos mi infeliz existencia.

Esperando que no será tan cruel que consienta muera su más tierno y rendido adorador que la idolatra,

Aristogitón Bermúdez.

2 Septbre. 930.

La Granja.

ANGEL MARCOS.—Madrid.

Señorita Nicasia Vicenta.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a la salida de la iglesia de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de usted por su modo retrechero de llevar ese cuerpo tan gitano. Ni como, ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de su gentil palmito tan arrabalero. Y por eso la envío este enamorado billete número 87439 para devolvérmelo con un sí que me llene de vida, un no que precedería breves minutos a mi muerte.

Esperando que no será despreciado, se despidió de usted su más tierno y rendido adorador perpetuo,

Aristogeno Pérez.

2 Septbre. 930.

Núm. 87.439.

PAQUITA NEZMEJI.—Madrid.

Señorita Nicasia Vallejo.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes aparecer por la castiza plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado al contemplar su modo retrechero de llevar el mantón; desde entonces ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de la contestación que dé a este arrabalero. Y por eso la envío mi dirección, apart. de Correos número 87439 para devolvérmelo contestándome con un ansiado sí o un no que precedería breves misivas entre usted y yo. ¿Verdad que sí?

Esperando que no será desatendida mi súplica, queda de usted su más tierno y rendido adorador que besa su mano,

Aristogenes Cuadrado.

2 Septbre. 930.

Madrid.

PILAR GARCES.—Ronda (Málaga).

Señorita Nicasia Verdugón.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a usted en la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente prendado y enamorado de su modo retrechero de llevar el cesto de la compra, que ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de ciudadano se ha trocado en vida de arrabalero. Y por eso la envío mi carnet de estudiante número 87439 para devolvérmelo con una carta escrita por Vd. conteniendo

[el sí o

un no que precedería breves momentos a mi dicha o desesperación.

Esperando que no será tan cruel de rechazarme, quedo su más tierno y rendido adorador, q. s. p. b.,

Aristogenes García.

2 Septbre. 930.

Presente.

GLORIA PALAU.—Barcelona.

Señorita Nicasia Viciano.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a usted paseando con su padre don Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado y triste con su modo retrechero de llevar el traje, y desde entonces ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de alegre y optimista juventud trocóse en arrabalero. Y por eso la envío mi jeroglífico número 87439 para devolvérmelo con letamente descifrado con un sí o un no que precedería breves momentos al final o expansión de mi vida.

Esperando que no será desatendida mi pretensión, queda su más tierno y rendido adorador,

Aristogenes Torón.

2 Septbre. 930.

MANUEL M. CRESPO.—Madrid.

Señorita Nicasia Venenillo.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes al pasar por la carretera de San Ildefonso, quedé apasionadamente prendado y enamorado de su modo retrechero de llevar el paraguas; y estoy que ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida debe parecerse mucho a un tango arrabalero. Y por eso la envío un billete del tranvía del número 87439 para devolvérmelo con el anhelado y esperado sí o un no que precedería breves minutos mi suicidio.

Esperando que no será idiota ni rechazará mi proposición, su más tierno y rendido adorador que fallece por usted,

Aristogitón del Bolo.

2 Septbre. 930.

Cuenca.

FEDERICO MOSQUERA. — La Coruña.

Señorita Nicasia Velázquez.

Encantadora señorita,

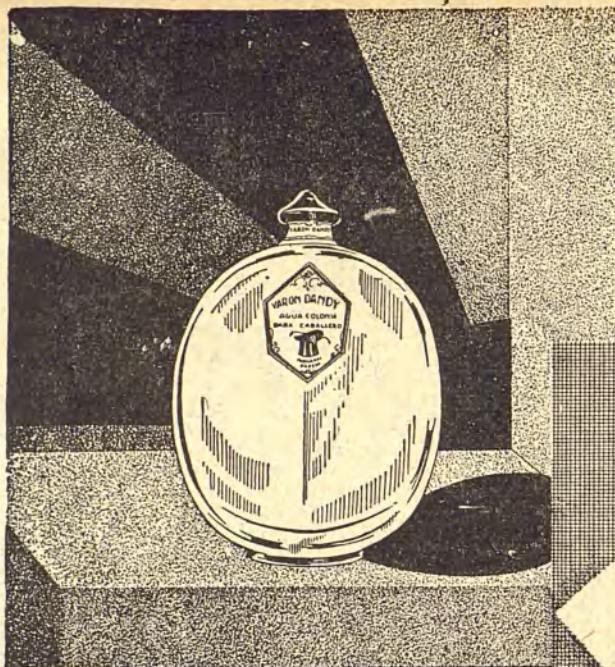
Cuando la vi antes a usted pasar por la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su andar y su modo retrechero de llevar el mantón, que desde que la vi ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de señorito se han convertido en arrabalero. Y por eso la envío este billete y el número de mi apartado 87439 para devolvérmelo con un sí acariciador y nunca con un no que precedería breves momentos a mi miserable vida.

Esperando que no será desatendido se despidió de usted su más tierno y rendido adorador que besa sus pies,

Aristogenes Fernández.

2 Septbre. 930.

Madrid.



**Agua
Colonia**

VARON DANDY

EN FRICCIONES
como sedante de los nervios
y lenitivo del cansancio.

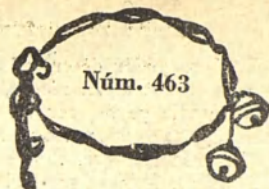
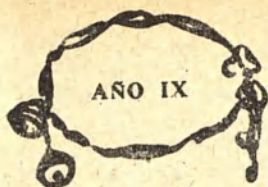
COMO PERFUME
su fragancia original es tan
hombrosa, tan propiamente
varonil, que revela la exqui-
sitez y distinción del Caba-
llero que la usa.

*Perfumeria
Parera
Badajona*



—¿Cómo puede ser ésta la habitación, si en el anuncio pone usted agua caliente constantemente?
—Sí, señorita; siempre tengo una caldera en el fogón.

(De The Passing Show.)



GREGUERÍAS MÍAS



Como hace tiempo (y hace tiempo fresco, porque la cosa empezó el invierno pasado) que nuestro ilustre colega Ramón Gómez de la Serna nos tiene un poco olvidados, y BUEN HUMOR y sus múltiples y bien vestidos lectores no pueden regodearse con sus inolvidables *greguerías*, salgo yo hoy aquí a sustituirle, aprovechándome de un permiso que me dió una vez para que le sustituyese en un entierro, de la mayor importancia para él (y no en calidad de cadáver, claro está, aunque ustedes crean que un entierro de la mayor importancia para uno deba ser el del propio cosechero).

Resumen: que como yo pienso que si a Ramón le pareció bien que le sustituyera en un entierro, que es una cosa relativamente seria, ha de parecerle mejor que le sustituya en unas cuantas *greguerías* festivas, que no pueden nunca ser tan serias como el entierro, aunque nos pongamos como nos pongamos, procedo a lanzarme a la elaboración de las *greguerías* susodichas, rogando a Ramón que no se enfade si están mal hechas, pues, como las *greguerías* son mías, las hago como me da la gana.

Así es que voy y empiezo...

Los trenes de mercancías no tienen alma.

Pero deben de tener el cuerpo hecho la pascua, porque, el que menos, va con tres mil y pico de bultos.

La estrella Venus brilla siempre. Lo mismo con el cielo espléndido que cuando está nublado.

Con el cielo espléndido, brilla porque es la más rútila y radiante de todas.

Y cuando está nublado, brilla por su ausencia.

El tabaco de la Arrendataria, antes de fumarse, o sea en el momento de escogerlo, puede ser de dos clases: bueno y malo.

Pero cuando se fuma, se opera en ambas clases una transformación abracadabrante:

El bueno es malo, y el malo es peor.

¡Hay cosas tan dramáticamente sen-

cillas que le dejan a uno sentado para treinta y seis horas! ¿Verdad?

Contra lo que propalan los antifeministas pesimistas, que aseguran que la mujer no ama más que un brevísimo momento de su vida, exponemos nosotros valientemente nuestra afirmación antípoda y rotunda.

La mujer ama siempre.

A los veinte años, ama de corazón.

A los treinta, ama de cabeza.

A los cuarenta, ama de cura.

Por excepción, hay alguna que a los veinte, ama de cría; pero hay muchas más de las otras.

De lo cual nos alegramos mucho nosotros y se entristecen algo los soldados rasos.

Unos calzoncillos perdidos en la calle es lo que da más exacta idea de lo distraído que puede ir un hombre en algunas ocasiones.

Aquella competencia que había entre los dos circos terminó con la ruina de uno de ellos.

Y solamente una pequeña diferencia entre dos números de ambos programas fué lo que determinó la catástrofe.

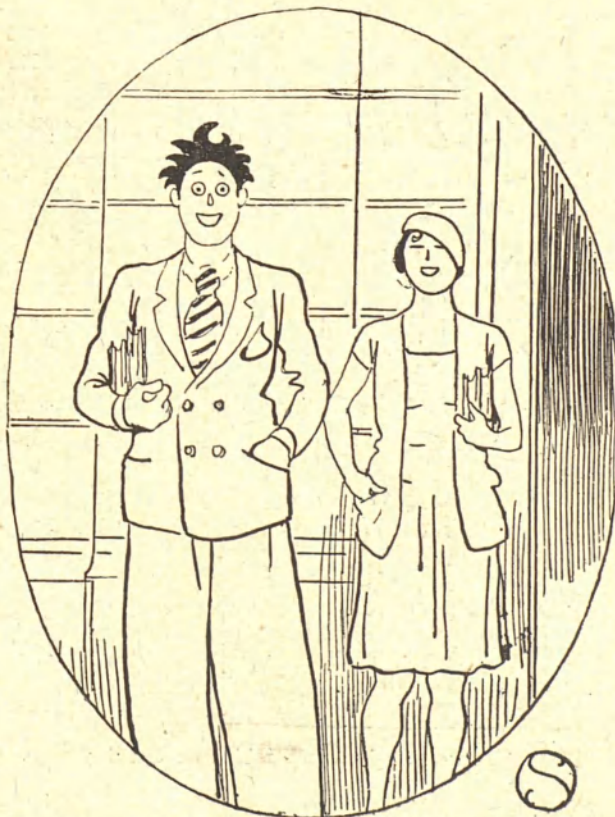
En el circo primero había un cócodrilo que sabía decir "¡Guardia!"

Y el otro circo, en su furia competitiva, presentó un guardia que sabía decir: "¡Cocodrilo!"

Y, claro, se arruinó inmediatamente por falta de público.

La tragedia del transeúnte que se volvió loco no pudo tener un principio más estúpido.

El hombre se acercó a mirar un letrero que había en un *water-closet* público, y leyó lo siguiente:



Dib. SILENO.—Madrid.

CERRADO POR DEFUNCIÓN

Y al no poder desentrañar el misterio que encerraba aquel rótulo, ni a qué cadáver podía pertenecer un sitio tan extraño y tan poco macabro, perdió la razón para siempre.

A mí me hubiera sucedido lo mismo.

El eco, en la pared de aquella enorme finca, resultaba rarísimo y particular.

Decía usted, por ejemplo:

—¡Nabucodonosor!

Y el eco contestaba solamente:

—¡Sor!

Volvió usted a decir:

—¡Música!

Y el eco contestaba:

—¡Ca!

Decía usted:

—¡Yo!

Y el eco no contestaba nada.

Por fin se averiguó la causa.

La enorme finca pertenecía a un judío, y el eco devolvía sólo una parte de lo que se le enviaba.

Y cuando lo que se le enviaba era poco, no devolvía nada.

¡Tan hebraico como sensato!

Aquel pobre explorador polar, que era

exageradamente friolero, no pudo resistir la horrible temperatura que se le venía encima, y murió de frío.

Pero cuando sus compañeros de expedición se preparaban a llorarle con todos los honores, el hombre resucitó completamente y sin avisar.

Y explicó así la cosa:

—¡Señores, he muerto de frío, pero resucito de más frío todavía!... ¡Si no he podido resistir veinte grados bajo cero, cómo voy a resistir la muerte helada, que aún es peor!... ¡Por eso sólo me tienen ustedes otra vez aquí!...

Aquel demente que andaba suelto acabó por cometer el atentado que los sensatos esperaban de él.

Había leído la fábula de la gallina de los huevos de oro, y en esta situación se le ocurrió ir a la Opera.

Y oyó a un tenor que, solamente en la romanza de *Tosca*, soltó ocho gallos.

Y a los cuatro días mataba al eximio cantante para averiguar la cantidad de gallos que el tenor tenía dentro.

Y publicó, pagándola de su bolsillo, una escuela de defunción en *La Vos*.

Con todo lo cual concluyó creyéndose que había hecho un señalado servicio a la patria.

ERNESTO POLO

Pullman-tabla

Estoy cansado de oír a los que viajan por el Extranjero la diferencia que hay entre el material que tienen al servicio nuestras Compañías y el que usaba las de allende el Pirineo.

—Los primeras de aquí son los terceras de allí—he oído multitud de veces—. Les quita usted los parásitos a nuestros primeras y son los departamentos de última clase de otras naciones.

Efectivamente: aquí, el que viaja en esos trenes, sentado en un duro banco y hacinados unos sobre otros, no va cómodo, pero, sin embargo, también tienen atractivos de otro orden, que dulcifican mucho las malas condiciones en que viajamos.

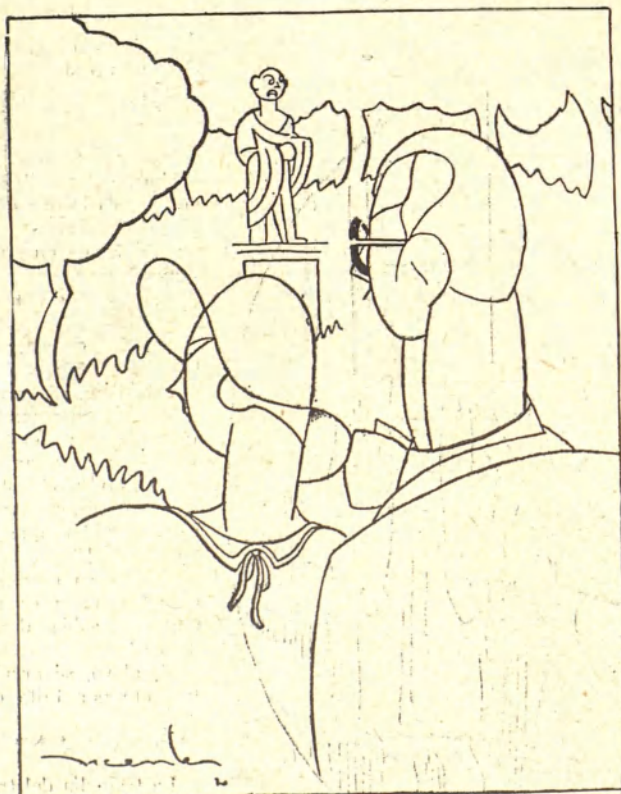
El otro día iba yo a la Sierra, casi en brazos de un guardia civil de los de servicio, con una pierna de un viajero entre las mías y clavándome la arista de una tabla de un asiento, con el estado de ánimo que os podéis suponer, cuando surge de pronto ante mí un hombre, y con amable sonrisa me ofrece un caramelo.

No es uno de piedra, y emocionado por la amabilidad del hombre, y degustando las primeras capas azucaradas del dulce, encontré en seguida más blando el asiento; me parecieron de pelote los brazos del guardia, y hasta al roce encontré torneada la pierna del viajero que la tenía entre las mías.

Como el distribuidor de caramelos lo había hecho también con los demás viajeros, miré a mi alrededor y todos chupaban optimistas y felices, como si viajáramos en un coche "pullman".

Los que iban a las primeras estaciones del tránsito les bastó con el caramelo para hacerse a la idea que su buen viaje lo habían hecho en uno de los grandes expresos europeos; los que íbamos más lejos, cuando la misma obligada posición y lo duro del respaldo nos habían únicamente abatido, nos vimos reaccionados por una voz varonil que voceaba:

—¿Quién quiere otra? ¡Una carta quince, dos un real, cuatro dos reales! ¡Voy a dar una caja de bombones, y al que no quiera los bombones se le dará



El.—Mira, aquel es Tales de Mileto. Era uno de los siete sabios de Grecia; pero nadie se hablaba con él.

Ella.—¿Por qué?

El.—Porque toda su familia eran unos "Tales".

Dib. VICENTE.—Madrid.

este precioso estuche de galletas variadas!...

Al conjuro de las anteriores palabras todo el departamento volvió a adquirir un tinte de alegría. Este pueblo español, tan entusiasta de todo lo que represente azar, ya se veía, por quince céntimos, con los bombones o con las galletas y arrebatada materialmente las cartas de manos del rifador, que no cesaba de repetir:

—¿Quién quiere la última? ¿Quién se va a llevar los bombones o las galletas?

Luego el emocionante momento del sorteo. De una bolsa sacaba la suerte la mano de un niño. En seguida, la voz del rifador volvía a oírse:

—¡El siete de copas! ¡Ha caído en el siete de copas!

—¡Aquí, aquí!—se oyó inmediatamente a una señora gruesa.

—¡No, aquí, rifista!—rectificó otro viajero, que al parecer iba algo bebido.

—¡Perdone, señor, pero le ha tocado a la señora! ¡Es el siete! ¡Usted tiene una copa de más!

Nuevas rifas siguieron apasionando a los viajeros. Cuando desapareció el que rifaba y volvió a decaer el espíritu de los que viajábamos, una voz gangosa nos sacó de nuestro aplanamiento:

—¡Madre, cómprame un negro, cómprame un negro en el bazar!

Cantaba una mujer con un ojo huero y otro entornado ligeramente. La primera impresión de la gente fué escotar entre los que íbamos y comprarle el negro para que se callara; pero en seguida cambió el disco y empezó:

—¡Yo quiero ver Chicago, Chicago, Chicago!... Y claro, costearle un viaje a la América del Norte ya nos salía demasiado caro. Le dimos unas monedas y le dijimos que se comprara lo que quisiera.

Un viajero que iba en el extremo de nuestro banco, y que luego resultó que era hermano de leche de Berta Sigerman, se puso de pie, súbitamente, y extraviando la vista comenzó:

“La jaca torda,
la que cual dices tú los campos borda.”

Inmediatamente pasó una bandeja y le dimos algunas monedas, pocas; porque recitaba de una manera lamentable.

Se volvió a sentar y estuvo gruñendo un rato por el mal resultado de la colecta.

Un compañero de viaje comentó ingenioso:

—¡A caballo y grufie!

En esto yo había llegado a mi punto de destino sin darme cuenta.

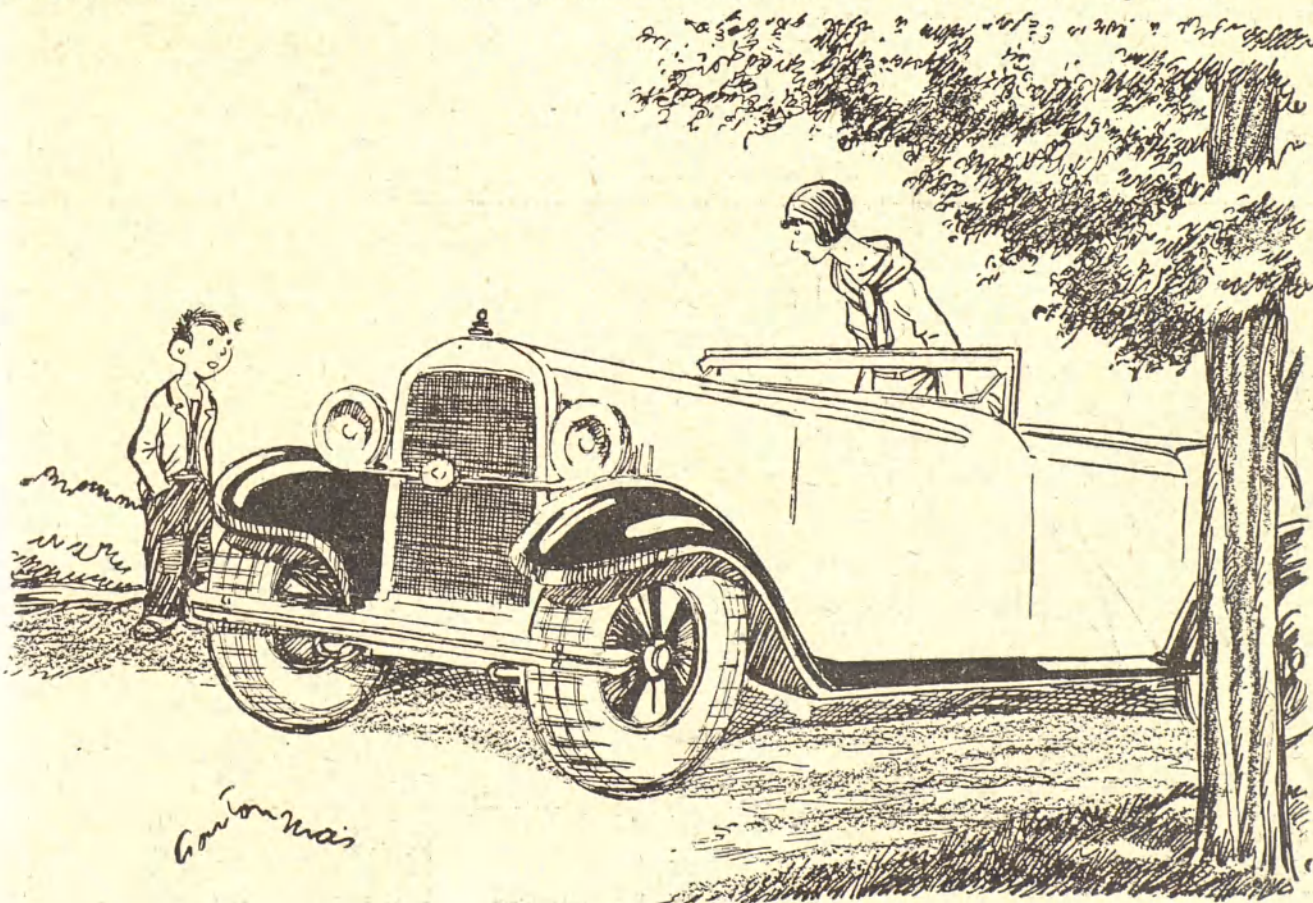
Mi viaje, a pesar de su poca comodidad, se había deslizado agradable y total: entre la rifa, la cantante y el recitador había pagado un suplemento de una peseta escasa.

Ved por lo que digo que, aunque efectivamente el material es malo y el número de viajeros excesivo, nos dan una compensación por poco dinero.

—¿No cambiáis con gusto el pelote o la gutapercha extranjera por este solaz tan económico?

ANTONIO PLANIOL

El Rinconcito.—Septiembre.



—Oye, muchacho, ¿es verdad que en la fonda de este pueblo hay un espíritu que aparece todas las noches?

—Sí, señora; pero dándole cinco pesetillas, se marcha en seguida.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. GASTÓN MÁS.—Paris.

ASI ES EL MUNDO TRAIADOR, UNOS MAL Y OTROS PEOR

Nacer es una bicoquita.

En primer lugar, nadie tuvo jamás la galantería de preguntar por teléfono al ser increado:

—¿Sería usted tan bondadosa, mi querida molécula impalpable, de decirme si le sería grato venir al planeta Tierra, en donde va a soportar una de disgustos y sufrir una serie de enfermedades que que le van a mondar materialmente, y después de tanto dolor moral y físico va usted a estirar la pata exhalando unos alaridos que los van a escuchar sus antipodas?

Seguramente la molécula interrogada contestaría con toda amabilidad:

—Eso se lo pregunta usted a su difunta abuela, a ver si quiere repetir, porque una servidora se encuentra perfectamente vagando por estos lugares apacibles si que también misteriosos.

Pero no, señor, nada de eso. Nos encontramos en el mundo sorprendidísimos de nuestra entrada en él. Al poco tiempo nos lactan, y transcurridos unos años, nos llevan al colegio, en donde un señor de muy malas pulgas nos obliga a que nos enteremos de quiénes fueron Teodosio el Grande, Don Quintiliano y Alfonso I el Batallador, y de la vida que hicieron Don Bermudo, Don Ordoño y Doña Juana la Beltraneja, que nos tiene completamente sin cuidado. Después nos introducen en la molleza rudimentos geográficos, aritméticos,

químicos y naturalistas, y al filo de la adolescencia, con el achaque de que tenemos que ganar la vida, tiene usted que elegir una profesión y meterse entre pecho y espalda cuarenta y siete asignaturas, apuntes, temas, problemas, explicaciones y la caraba en paños diminutos; y cuando se encuentra usted licenciado en Derecho, y es usted un hombrequito con toda la barba, lanza usted un suspiro, en la seguridad completa de que ha llegado el momento de su ventura, y, efectivamente, la ventura consiste en que se enamora de una grácil tanguista, que a las primeras de cambio comienza a darle celos con un senador vitalicio, señor respetable de setenta y siete años, que, compadecido de la precaria situación de la joven danzarina y su bondadosa madre, les ha puesto un pisito en la calle de Ríos Rosas, con cuarto de baño, termosifón y fresquera, y mensualmente les entrega una cantidad para sufragar todos los pequeños gastos que se originen en aquel hogar honrado y brillante como los propios chorros del oro. Aquello del senador vitalicio eleva su temperatura amorosa hasta el achicharren, y usted ya no vive ni sosiega, y empieza a soñar con el Senado, con Linares Rivas y con la estatua de D. Antonio Cánovas del Castillo, y usted, en un rapto de locura, prohíbe terminantemente a su adorado tormento las relaciones con el adinerado

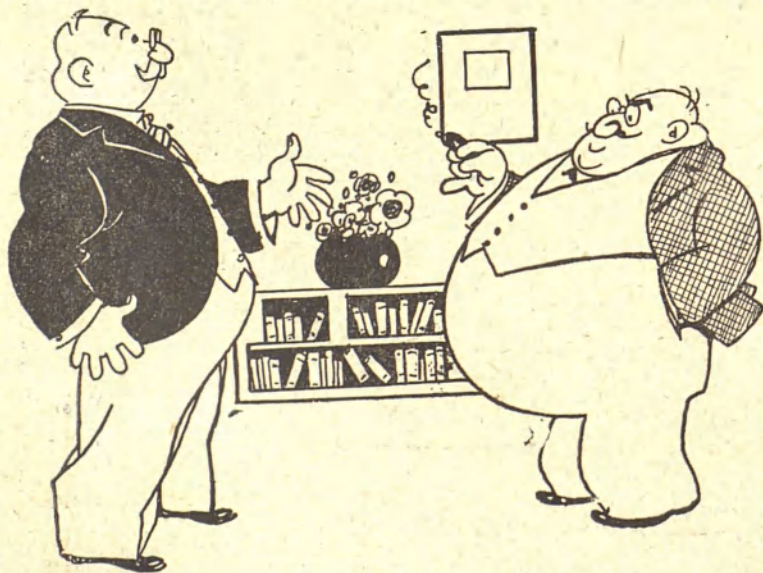
caballero; pero la madre, señora sagaz, al enterarse de su decisión, le argumenta a usted de esta forma castelariana:

—Pero venga usted acá, hombre de Dios. Usted es un joven guapísimo, instruido, amable y con una simpatía que descoyunta; pero ¿tiene usted la amabilidad de decirme con qué metálico cuenta para que no se apoderen de mi niña los bacilos de Koch y a mí no se me lleve Pateta por adquirir una debilidad como la que deben de usufructuar los camaleones?

Ante aquellos razonamientos, usted calla, sufre y se injiere las uñas. ¿Qué va usted a hacer? Para eso ha venido usted al mundo. El senador continúa sacudiendo la pastizara, y a usted le acomete una melancolía que manda usted al cuerno a la diosa Temis, a Papiniano y al gachó de las Doce Partidas. Su vida está ya truncada, y empieza a pigorar una de objetos, que a los ocho meses ya le tutean a usted todos los empleados del Monte de Piedad y sucursales; y para olvidar a la tanguista, una apacible noche de primavera asiste usted al Circo Ecuestre, y se queda prendado de una intrépida domadora de tigres de Bengala, y a las dos semanas lanza un prolongado suspiro creyendo de bonísima fe que va a entrar su atormentada existencia en una era de dulzura, bienestar y alegría insospechadas, porque se ha declarado usted a la bella tigresa, y ésta le ha contestado que mientras no se entere su amante esposo, que en la actualidad se encuentra trabajando en un circo peruano al frente de una soberbia *menagerie*, ella y usted pueden pasear juntos por las frondosas alamedas del Retiro o el Botánico, embarcarse en el tranquilo estanque, ver el Museo de Pinturas, o ir a almorzar en casa de la Concha; porque le ha sido sumamente simpático; y usted, dando el brazo a la gentil domadora, pasea un día y otro por los bellos jardines y parques madrileños hasta que, un apacible atardecer primaveral, que está usted sentado con su Dulcinea en un banco jardinero al pie del granítico monarca Don Fruela, párase delante de ustedes un caballero grueso, de complexión atlética y uios bigotes a lo *ex káiser* que meten espanto, y al fijarse en ustedes exclama con acento un si no es checoslovaco:

—Pero esta diminuta partícula de pollo que te acompaña, ¿quién es, si puede uno cerciorarse?

Y usted, con esa intuición que Dios le ha dado para oler catástrofes, adivina en aquella masa carnosa que tiene delante al distinguido esposo de la doma-



—¿Que si me gusta la caza? Ayer maté diez gallinas, tres patos, un perro y dos conejos.

—¡Caray, vaya una escopeta!

—¡Ca, hombre! ¡Vaya un automóvil!

Dib. DEL Rfo.—Barcelona.



—Vámonos a casa, hija. Ya sabes que las niñas de siete años se acuestan a las siete; las de ocho años, a las ocho...
 —¿Entonces tú no te acuestas nunca, mamáita?

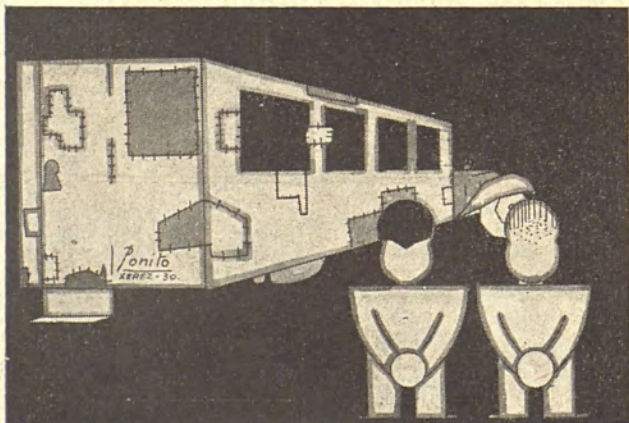
Dib. AREUGER.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



—Chica, he perdido algo, y no me acuerdo qué.
—Entonces lo que has perdido ha sido la memoria.

Dib. CARBONERAS.—Valencia.



—Oiga, me hace el favor: ¿este autobús llega hasta Madrid?
—¡Pchs!... Se dan casos.

Dib. PONITO.—Jerez.
Ayuntamiento de Madrid

dora, y, levantándose de un salto, aprieta a correr de una forma que, cuando se para horrendamente fatigoso y se dirige a un transeúnte para interrogarle que en qué lugar se encuentra, el desconocido responde muy amablemente:

—Está usted en Medina del Campo, caballero.

Todo lo transcrito es en lo concerniente a sus aventuras donjuanescas; que en lo tocante a la parte familiar y amistosa, es para emigrar al planeta Saturno en cuanto se descubra la bala aérea que nos conduzca a dicho astro por una cantidad insignificante.

El amigo que no le hace a usted una charranada, chismorreando a su prometida a qué *cabarés* asiste por las noches, a las niñas que ha piropeado durante el día y el dinero que ha invertido en un comedor estilo Bernardo el Cárpio, que ha regalado a una mecanógrafa de la casa *Teclees y Compañía*; pues el amigo, repito, que no le hace a usted un número de pista, le pide con lágrimas en los ojos 5.000 pesetas para instalar en cualquier calle céntrica de la corte un bar, en donde no se vendan más que pepitos al por menor y al ínfimo precio de 0,10, incluida la mostaza que se unte en el consabido refrigerio. Bar que podría muy bien titularse: "Los hijos de San José", y que sería una cosa para robar materialmente el dinero. Un robo que, si se le ocurre a Luis Candelas y vive solamente del bar, no le ahorcan; y usted, cegado por el brillo de aquel espejuelo que le coloca a distancia su cariñoso camarada, le entrega las cinco mil emerencianas, y al cabo de año y medio usted no ha vuelto a tener noticias ni del bar, ni de los pepitos, ni de su socio industrial, ni muchísimo menos de las 5.000 evaporadas; y ¿qué va usted a hacer? Para eso ha venido usted al mundo.

Y si para hacerle más llevadera su azarosa vida le coloca un íntimo amigo, mediante una cantidad estipulada, en un Ministerio u oficina particular, la paciencia de Job al lado de la suya fué un mito, sufriendo bajezas, malas contestaciones y chistecitos de mal gusto de sus queridísimos compañeros; y así, hasta que, un mal día, fallece usted, aplastado por un autocamión, y en aquel crítico momento penetra usted en el reino de la tranquilidad y el reposo, que ya suelen decirlo los parientes, allegados y comadres vecinas cuando le contemplan a usted en la enlutada caja:

—¡Vaya una suerte que ha tenido!
¡El pobre ya ha dejado de sufrir!...

De modo que quedamos en que nacer es una bicoquita.

ENRIQUE GARCIA ALVAREZ

SANTOS Y SANTAS

¿Por qué hay santos (no voy a hacer su elogio)
cuyos nombres, lector, son aplicados
al hombre y la mujer, y otros, citados
en el Martirologio,
de los cuales el nombre
o es para la mujer o es para el hombre?
Aquí no a Guadalupe me refiero,
ni a Trinidad ni a otros
que, cual Práxedes, siendo entre nosotros
comunes a señora y caballero,
han sido en ocasiones
motivo de curiosas confusiones.

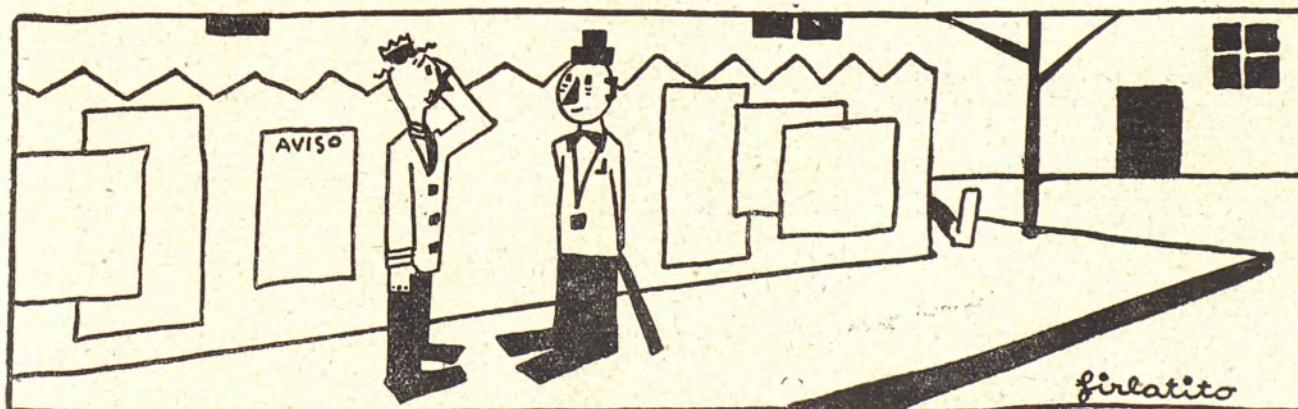
Son otros los que creo
dignos de cierto estudio; porque veo
cómo desde los tiempos más lejanos
se suelen aplicar a los cristianos.

¿Por qué, si hay los de Rita,
Rosa y Clara, Teresa y Margarita
no ha de haber los de Rito,
Roso y Claro, Tereso y Margarito?
¿Y por qué, si en los hombres hay Matías,
Isaac y Zacarías,
no hay en ellas Matiasa,
Isaaca y Zacariasa?

¿Por qué ha de parecer "toma de pelo"
llamarse don Angustio, don Rosario,
don Auroro, don Puro, don Consuelo,
don Adelo y, en fin, don Candelario?
Si en la santa mansión del Paraíso
hay Alvaro y Elisa,
¿por qué razón aquí daría risa
que hubiera también Alvara y Eliso?

A la que nace (humilde o poderosa)
el día en que se reza a San Longinos,
¿cómo la llamaremos, Longinosa?
¡La verdad es que hay nombres peregrinos!...
Si los hay como Inés, Concha y Susana,
o pienso igual que un troncho,
o debe haber Susano, Ineso y Concho,
como deber haber Ano donde hay Ana.
Si existen Franco, Frutos, Marcos, Vito,
y Cristóbal y Lázaro bendito,
¿Cómo no hay Franca, Frutas, Marcas, Vita,
y Cristóbala y Lázara bendita?
¿Por qué es raro decir: "en aquel corro
estaban don Amparo y don Socorro
con Santiago y Senena,
y la niña de Bárbaro Lucena,
con Sofío, Esperanzo, Gertrudiso,
Teclo y Eduvigiso?..."
Así como es corriente que se diga
"Salomé" a una mujer (reina o mendiga),
porque el día de aquélla vino al mundo,
¿estaría muy feo
que, en lugar de Julián o de Facundo,
le dijeran a un hombre Sal... o... meo!
Y termino, lector, con una duda,
sobre esto de los santos, pistonuda:
¿Cómo llaman al... (listo o badulaque)
que nació en cualquier hora
del día en que nos dice un almanaque
como el que hay en mi cuarto:
"Santo del día de hoy.—Nuestra Señora
de la Leche y Buen Parto?..."

JUAN PEREZ ZUNIGA



—Chico. ¡Tengo un dolor de muelas feroz!
—Pues haz lo que yo. Repite cien veces: "Dolor, vete atrás."
—Si le digo al dolor tantas veces que se vaya atrás, creará que quiero tener un lumbago.

Dib. FIRLATITO.—Cáceres.

MI SUEGRASTRA

La desgracia viene por donde uno menos la espera. Usted se ha pasado todo el verano tomando helados callejeros y diabluras por el estilo y no le ha pasado nada, y un día se le ocurre tirarse por el balcón y resulta que se mata en un instante. Igual pasa con los disgustos de familia, que se presentan por el sitio más inesperado.

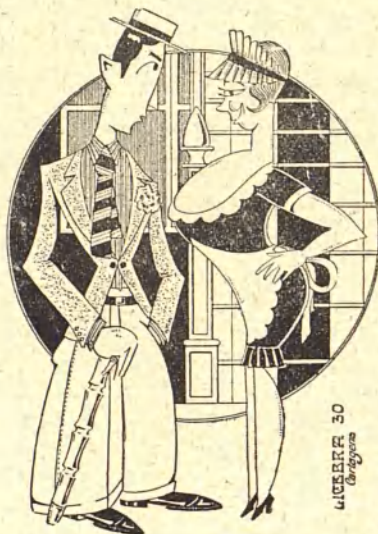
¿Habrá algo más inesperado que el nuevo matrimonio del demontre de mi suegro? Pues ahí lo tienen ustedes más contento que unas pascuas porque se ha quitado de viudo y se ha casado con una chavalilla que le lleva treinta años de menos. Y no es que esta determinación de mi suegro me haya disgustado por cuestión de intereses. Uno es lo bastante genio de la raza para desdeñar los cuatro cuartos que su suegro tiene ahorrados y con los cuales no contó nunca. Que se los gaste con su nueva costilla o con lo que venga, si es que viene algo, porque ya está el hombre muy pachucho para esos trotes. Lo que a mí me disgusta de ese enlace matrimonial es que me ha traído un nuevo parentesco, el que me une con la esposa de mi suegro, cuya denominación araña el oído, porque he de llamarla suegrastras. También podía denominarla mi suegra política, pero hay tanto antagonismo entre ambos conceptos, ser suegra y ser política, que he optado por el terminillo de suegrastras.

La palabra resulta tan áspera como todo lo que tiene "astro" (el cielo me perdone) como padrastro, hermanastro y otros parientes de segunda mano, los cuales, no sé si por consonancia con el Rastro, llevan consigo un tuflillo de trapería y como de cosa ajada y desdeñable. No hay sino ver que para dar idea de un individuo repulsivo y repelente se le llama "astroso".

También podría aducirse que lo que hay de más terrible en una catástrofe no es el número de muertos y heridos que alegremente pregonan los vendedores de periódicos, sino ese "astro" que va injertado en la palabra y que se esconde entre las otras letras, como la figura que hay que buscar en los dibujos de rompecabezas. El propio catastro no es tan imponente por lo que tiene de gravamen fiscal como por ese final que suena temeroso en nuestro oído, un final de viceversa de cometa, porque el "astro" va detrás. Quiero decir con todo este atropellamiento de palabras, que me disgusta ese parentesco que he contraído, por lo mal que me suena, porque yo ni siquiera concibo la vanidad de los que se llaman Castro, encontrando mucho más discreta la ac-

titud de los que se han puesto Castriello.

A simple vista parece que una suegrastras había de ser una ampliación de la suegra, con todas sus tradicionales molestias y mortificaciones y



El pretendiente.—¿La señorita sale con frecuencia?

La doncella.—¡Ca, no, señor! ¡Ella siempre sale sola!

Dib. LICEBRA.—Cartagena.

OROCREMA
ALMENDRAS

EL SABOR POPULAR
ESTRELLA LA PREZ



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA

tengo el gusto de declarar que no hay tal cosa. Las suegrastras no siguen en progresión geométrica cultivando el mal genio de las suegras. Más bien son el contraveneno de éstas, su fe de erratas, su rectificación más agradable. La suegrastras es el ángel exterminador del recuerdo de la suegra, la redentora que limpia al bello sexo del pecado original de ser suegras. Todo lo que hay de desapacible en el suegrismo lo hay de ameno y dulce en el suegratrismo.

Joven y agradable como es mi nueva parienta, a nadie extrañará que yo dulcifique el vocablo llamándola "suegrastrilla"; y no se crea que he adquirido así como así la facilidad de pronunciar esta palabra, pero ha sido un sacrificio hecho con gusto en homenaje a la simpatía y buen carácter de la mujer de mi suegro.

No ha sido menos cruel para ella discernir la denominación que había de aplicarme ante las personas de cumplido, cuando hubiera de hacer mi presentación, pues aunque la primera vez se le vino a la boca la palabra "yernastro" me pareció una injuria y le rogué me la cambiara por otra. Me consultó si debería llamarse hijastro político, que es una cosa que obliga a meditar al que la oye, pero yo le dije que más me gustaría que me llamara su hijo políticaastro, por estar el oído de la gente mucho más acostumbrado a este último adjetivo.

Por no parecer desatento con la familia de ella, me veo obligado a designar de algún modo a sus hermanos y no hay idea del trabajo que me cuesta dar con una palabra que sea de fácil interpretación respecto al parentesco que con ellos me une, ya que me parecería grosero decir que no me tocan nada. Son vocablos en que el "astro" es ya de tercera magnitud, por la sensación de lejanía que le dan las muchas sílabas que le preceden.

La inquietud y el desasosiego que esta situación me produce acabará de mala manera, quizá fugándonos mi suegrastras y yo, para evitarnos pequeños conflictos gramaticales, que a la larga desmejoran a cualquiera. Mi suegrastras, por otra parte, o mejor dicho, por otras muchas partes, es una mujer muy apetecible todavía, y ello justifica que yo esté un tanto ensuegrastrado y que no vea en lontananza quién pueda ser el desensuegrastrador que me desensuegrastrice.

Ahora es cuando uno se da cuenta de por qué se dice "y demás parientes" en las esquelas mortuorias.

RAMIRO MERINO

¡El tranvía que amé!

Mi amigo me cogió la mano, y con lágrimas en los ojos, me dijo:

—¡Qué tranvía más mono!... Tan nuevecito, tan amarillito, tan limpi-to!... ¡Daba gloria verle!... Sí, fué en Pardiñas donde lo ví por vez primera... ¡oh, qué recuerdo!... No lo comprenderás, pero me detuve arrobado... Lo contemplé como en éxtasis mientras estuvo detenido, y luego, al echar a andar, le seguí con la vista... Sus ruedecitas chirriaron al tomar la curva de Torrijos y doblando graciosamente, desapareció a toda marcha, dócil a los mandos del conductor... Sentí una opresión extraña en el corazón y unos incontinentes deseos de echar a correr... Lo hice, y al doblar corriendo la esquina, allá lejos, pude distinguir aún la grácil silueta del vehículo y el numerito rojo que ostentaba en su gracioso posterior. ¡El 414!... Aquella noche, mi querido amigo, no dormí, puedes creerlo. El recuerdo de aquel tranvía absorbía mi pensamiento, obsesionaba mi mente... ¿Me habría enamorado, acaso, de aquel tranvía?... ¿Sería solamente simpatía?... Pero ¿por qué al día siguiente, muy tempranito, me encontraba en el mismo sitio, en la parada, donde el hado maléfico quiso que se despertara en mí una pasión inconcebible, grandiosa e imperecedera?... Pasó un tranvía, otro, otro y cien más... Llegó el reloj a marcar las doce de la noche, la una, las dos... y nada... Mi querido tranvía no volvió a pasar... Desde entonces mi vida no fué vida. Mi tristeza llegó a preocupar a mi familia, que veía cómo a pasos agigantados se cebaba en mí la neurastenia.

—¿Estás enamorado?—me preguntaban.

—¡Oh, no!

¿Cómo confesar que estaba enamorado de un tranvía?

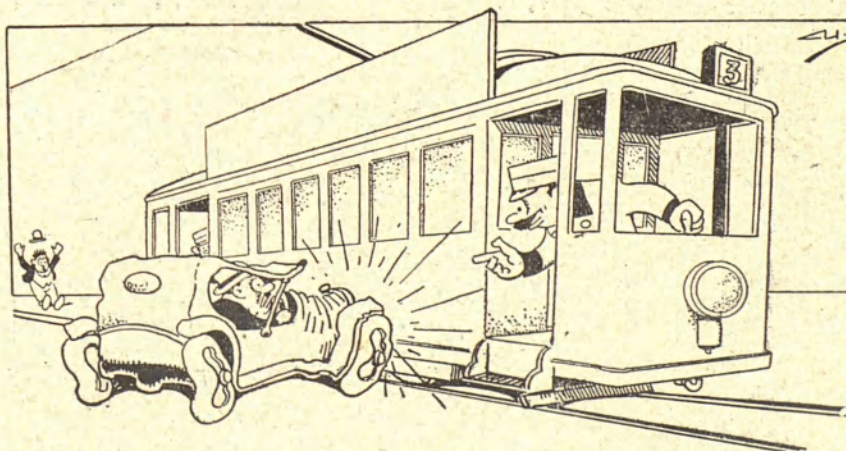
Pasaron muchos meses, no sé cuántos, pues había perdido la noción del tiempo. Como comprenderás, mi desesperación había llegado a su grado máximo... Mi fin se acercaba... ¿Qué le habría ocurrido a mi tranvía de mi alma? ¿Lo habrían jubilado? ¿Estaría de vacaciones?

Un día se me ocurrió ir a la Compañía a averiguar su paradero; pero reflexionando después, supuse que el



—Volví del "Juzgao" completamente loco, y todo por ná..., porque "perdió el juicio..."

Dib. CASERO.—Madrid.



—Si quería pasar por debajo, ¿por qué no bajó la capota?

Dib. URDA.—Barcelona.

funcionario a quien me dirigiera habría de preguntarme el objeto de mi extraña investigación, y, ¿cómo decirle que iba a pedir relaciones a un tranvía? ¡Sería un bochorno!

Una mañana, querido amigo, harto de la vida, y deseando buscar el olvido en las distracciones en los viajes, decidí irme lejos, muy lejos... Por las Ventas, por la Ciudad Lineal... ¡qué sé yo! Y con ese objeto, por primera vez desde que conocí aquel vehículo, me subí a un compañero suyo... Iba abarrotado de viajeros. El interior ocupado totalmente por caballeros. Las plataformas rebosantes de seño-

ras. Galantemente repartí pisotones a discreción.

—Caballero, me ha deshecho un tobillo.

—Señor mío, tenga usted cuidado con los callos.

—No se preocupe, señora, soy vegetariano.

—¡Eh, señor, mi niño, que me lo aplasta usted!

—¡Perdón, señora, lo tomé por un paraguas!

El tranvía seguía su marcha veloz. Al llegar a las Ventas, se detuvo. Todos comenzamos a bajar.

Al poner el pie en el estribo, me

sentí cogido por unos brazos y me volví. El conductor del vehículo, con lágrimas en los ojos, me imploraba:

—¡Caballero, déjeme que le abrace! ¡Tiene usted cara de infeliz! ¡Por su madre, déjeme que le abrace!

Me dejé oprimir por aquel digno funcionario.

—No se extrañe usted de mi actitud; pero yo soy muy desgraciado.

—¿Qué le sucede?

—Desde que salimos de la estación he tenido con el cobrador seis broncas.

—¿Por qué?

—Porque no me dá la gana de parar cuando él me lo manda... Pero cuando a mí me parece, y nada más. Y él quiere que le obedezca. Yo le he dicho que a mí, si fuera mujer, bueno; pero que un cobrador no me hará jamás "tilín"...

Me volvió a abrazar conmovido, y cogiendo los mandos partió disparado, sin hacer caso de los toques del cobrador, que no pudo evitar que una señora que estaba subiendo rodara por el pavimento.

Regresé a pie de mi excursión. Caminando cabizbajo, pensaba en el tranvía amado, tan amarillito, tan limpiito... Me invadió una horrenda desesperación... Con alegría pensé en el suicidio. ¿Para qué quería la vida sin el objeto de mis amores? Decididamente a mí lo que me convenía era la muerte... Y con una sangre fría asombrosa salté al centro de la calzada... Los autos me rozaban, dejando tras sí la estela de un insulto...

—¡Es usted un animal!

—¿Dónde lleva usted los ojos, so mostrenco?

—¿Es usted ciego?

De pronto, cien voces se elevan terroríficas:

—¡Cuidado, señor, cuidado!!

Me siento derribado, aplastado, arrastrado...

—¿Quién se permite tratarme de este modo?

Chirrían unos frenos... En la inconsciencia abro los ojos, y junto a mí, casi encima, descubro al tranvía tan amarillito, tan limpiito, tan apañadito...

—¡Ah, al fin, gracias, amor mío—exclamo—. ¡Tú también me amabas! ¡Oh, sí! Si mi amor era inmenso... tu pasión es ¡¡arrolladora!!

Al día siguiente, en la sección de sucesos, se encabezaba el hecho que narraba mi accidente del siguiente modo: "Crimen pasional".

Al terminar su triste narración mi desdichado amigo, pidió un vermut y expiró.

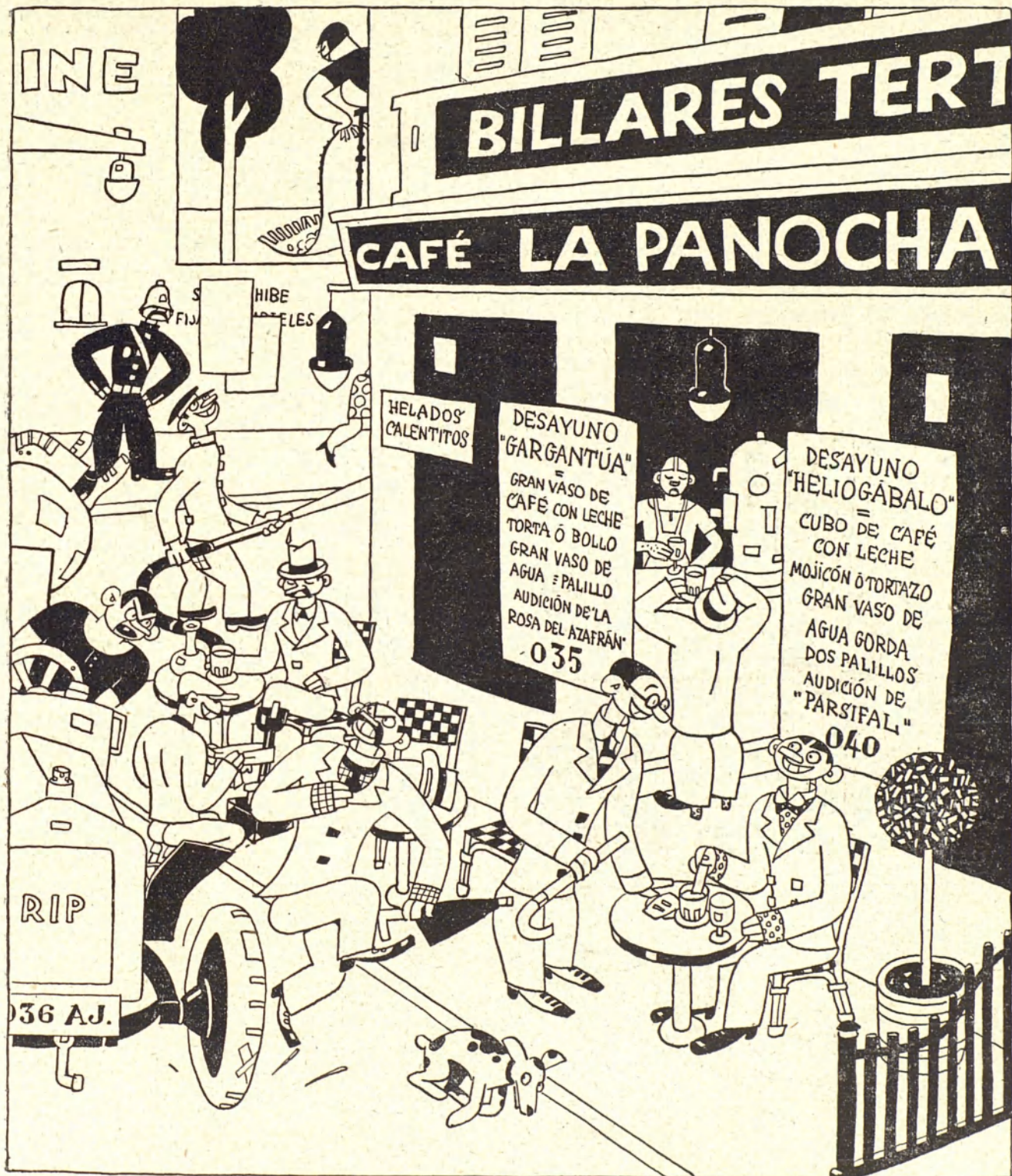


—¡Pero hija, por Dios! Hace quince días que ha muerto tu marido y ya quieres volver a casarte.

—¡Mamá, no me riñas! Otra vez esperaré más tiempo.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

José ESTREMER



—¿Pero es verdad que no sabías nada de lo de don Pancracio?
—Ni palabra. ¡Ahora me desayuno!

Dib. GARRIDO.—Madrid.

LA EDUCACION DE LOS HIJOS

Como corresponde a un padre previsor, mi amigo Juan Fernández estudió las aptitudes de su hijo Claudio desde el mismo instante en que se lo presentó berreando la comadrona que asistió a su señora en el parto.

He tenido ocasión de leer algunas hojas del cuaderno en que anotaba sus atinadas observaciones, salpicadas de notas que evidencian sus incorregibles y furibundas aficiones políticas. Dicen así:

La educación de los hijos principia desde la cuna.

PESTALOZZI.

Evolución físico-psíquica de mi hijo Claudio

Claudio, a los tres meses y quince días:

Peso: 6 kilogramos..... normal.
Estatura: 42 cms..... normal.

(Le crece el pelo con la celeridad de un bambú brasileño.)

Apuntes psicológicos

Inclinaciones:

Se inclina del lado izquierdo al dormir, y al ama se le agarra con fruición del pecho del mismo lado...

(Este chico va a pertenecer a la extrema izquierda.)

Claudio, a los dos años y cinco meses

Peso: 19 kilogramos..... anormal.
Estatura: 98 cms..... anormal.

(Agilidad y desenvoltura en sus juegos. Destroza por semana un par de zapatos. Se chupa el dedo pulgar con la misma delectación que si fuera un pirulí, y para quitarle su madre tan fea costumbre le sacude unos reverses que se acuesta todas las noches con dolorosas torticolis.)

Apuntes psicológicos

Escandalosa propensión amoratoria.

Cuando le besa un hombre llora desconsoladamente. En cambio sonríe con sonrisa romanonesca cuando lo besa una mujer, anciana, adulta o en la más raquítica infancia, y aunque sea más fea que Bergamín.

(Se me hace republicano con más rapidez que Alcalá Zamora.)

Claudio, a los seis años y once meses

Peso: 31 kilos..... supernormal.
Estatura: 1,30 cms.. supernormal.

(Voracidad troglodítica. Come más que el invitado advenedizo de un banquete.)

Apuntes psicológicos

Escribe igual que come: con las dos manos.

Memoria privilegiada.

Se ha aprendido la letra que hizo Marquina para la Marcha Real.

Inteligencia clara.

Interpreta un discurso de Cambó, entiende a Ortega y Gasset y a Eugenio d'Ors.

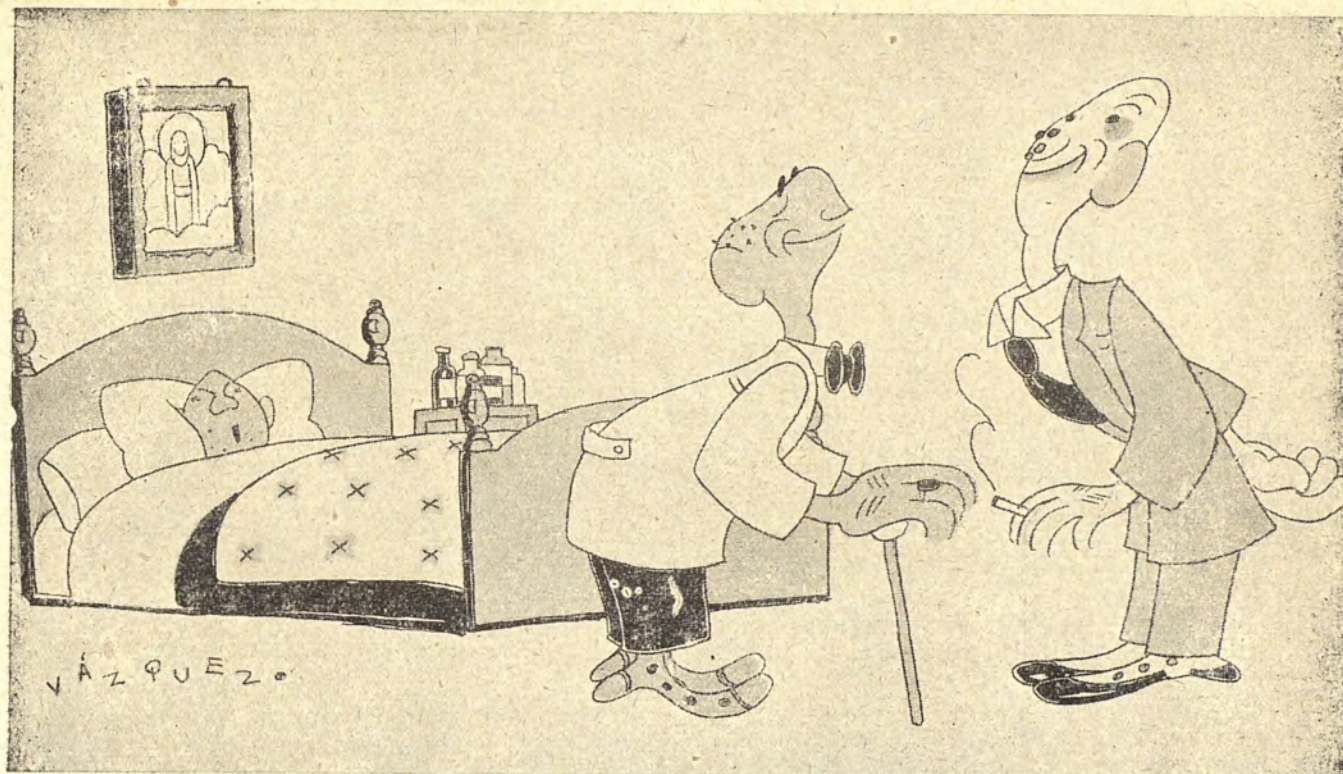
Inclinaciones financieras.

Le da su madre diez céntimos para naranjas, se come seis y asegura que le quedan veinte céntimos en el bolsillo.



—Y su marido ¿qué opina sobre los derechos de la mujer?
—Ah; para él eso no es ninguna novedad.

Dib. CUESTA.—Paris.



CONSULTA DE DOCTORES

—Es una "operación" muy sencilla. Además, si "suma" usted todos los factores que le han de ser favorables...
—Sí, entonces, es sencillísima. Se trata simplemente de una operación de sumar.

Dib. Vázquez.—Jaén.

Liquida su presupuesto con superávit.

No lo entiendo. Claudio es un hacendista formidable, una especie de Calvo Sotelo en agraz.

Claudio, a los diez años y nueve días

Peso: 54 kilos..... archianormal.
Estatura: 1,52 m.... archianormal.

(Lo he tenido sometido a plan vegetariano y he debido desistir porque me arruinaba. Se me ha comido el muy bruto tres mil quinientas berzas en mes y medio.)

Apuntes psicológicos

Se pega con sus compañeros de colegio, con sus hermanos, con el maestro, con su madre y con el sereno, y sería capaz de pegarse con Rodrigo Soriano si se le pusiera por delante.

Tiene las arrogancias de Goicoechea, la acometividad de Sánchez Guerra y los puños de Prieto: puño prieto y aniquilador.

Me obliga a meditar su voz: tiene una voz de bajo profundo que si la oyese Bugallal estornuaría de envidia.

Claudio, a los catorce años

Peso: 68 kilogramos... monstruo-anormal.

Estatura: 1'70 metros. monstruo-anormal.

(Desayuna, almuerza, almuerza de nuevo, come, merienda, merienda otra vez, cena, se toma un vaso de leche y me pide un real para tabaco.)

Apuntes psicológicos

Vocación:

Atar los perros con una cuerda por el rabo o por el pescuezo. Esta inclinación de la cuerda me decidió a dedicarlo a relojero. Al tercer día de ejercer tan honrosa profesión vino a casa contentísimo. Nos afirmó que sabía descomponer un reloj y nombrarnos sin la más leve equivocación todas sus piezas.

Desarmó el reloj de pared del comedor, el de mi despacho, el despertador, el de pulsera de mi señora y el mío de bolsillo. Juntó las piezas y nos invitó a presentarle una. Lo hicimos así, y con efecto, al mostrarle el pivote del despertador nos dijo que era la esfera del reloj del despacho. Intentó armarlos y se armó un lío; mas un lío de tal magnitud que su maestro intentó arreglarlo durante tres meses y acabó, sin lograrlo, en Ciempozuelos.

Pero las setecientas pesetas que aboné por las composturas han sido provechosas.

Evidencia, según he observado sagazmente, que mi hijo Claudio es capaz de descomponer todo lo existente, y que lo que cae bajo el poder de sus manos demoledoras no lo arregla ni el Supremo Artífice...

¡Loado sea!... Mi hijo puede aspirar a ser un auténtico Callejo en cualquier dictadura...

Por la copia,
RAMIRO HERRERO

PAPANATISMO MULTITUDINARIO

Según los nipones, la siguiente regla garantiza a los que la practican dos siglos de vida: "Permanece al aire libre todo el tiempo que puedas." Esta "recomendación" la siguen al pie de la letra en Madrid multitud de personas: los lustrabotas, los tenores callejeros, los vendedores de plátanos, etc., etc.

Tales gentes constituyen, por decirlo así, el ejército de ocupación, cuyo objeto primordial es aligerar de calderilla al prójimo. Detrás de éstos, que después de todo "hacen algo", se encuentran los desocupados en número incalculable; los

cuales bastan para confirmar la máxima de Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas." Y así es, en efecto, puesto que cualquier desocupado podría decirnos, mejor que nadie, la dimensión exacta de la calle de Alcalá, los veladores que hay en "Riesgo" y qué clase de "conferenciantes" se reúnen en Teléfonos.

Sin el desocupado no se concebiría el pavoneamiento del hombre que descien- de de su auto, ni la admiración hacia los peripatéticos, ni la obstrucción en las puertas de los cafés.

Pero debemos distinguir entre el desocupado y el papanatas. El desocupado lleva en su propia desocupación la tendencia a estorbar, si bien, en otros casos, el desocupado integra el público paciente que oye sin pestañear las conferencias de carácter científico o los recitales de algún "virtuoso" melenudo y adormecedor. El papanatas es el que hace ridículos aspavientos ante un neumático desinflado en la calle, ante una ración de callos expuesta en un escaparate, ante cualquier nimiedad callejera. Puede asegurarse, por tanto, que toda aglomeración injustificada la produce, casi siempre, un papanatas.

Muchas veces uno de estos individuos se ha puesto a mirar, sin darse cuenta o a consecuencia de una torticolis, a un cuarto piso. Al poco tiempo tenía detrás de él unas mil personas que dirigían igualmente sus miradas al cuarto piso. En aquel sitio no ocurría nada, naturalmente; pero las mil personas paradas se hacían cada una otras mil conjeturas.

—Parece que sale humo...

En esto asomábase al balcón una sirvienta con el plebeyo fin de sacudir una alfombra.

—¡Pobre mujer!—exclamaban unísonamente los mil espectadores—. ¡Se va a tirar a la calle!

La infeliz muchacha, al ver tanta gente que le miraba, retirábase asustada, cerrando el balcón.

—¡Oh!—rugía entonces la muchedumbre—. ¡Qué tragedia tan espantosa debe estar desarrollándose en ese domicilio!

Y poco a poco disolvíanse los grupos.

En otra ocasión vimos a numerosas personas estacionadas frente a una camisería de la calle de Fuencarral. Inquirimos las causas de tan extraordinaria expectación y uno de los curiosos nos dijo, alarmado:

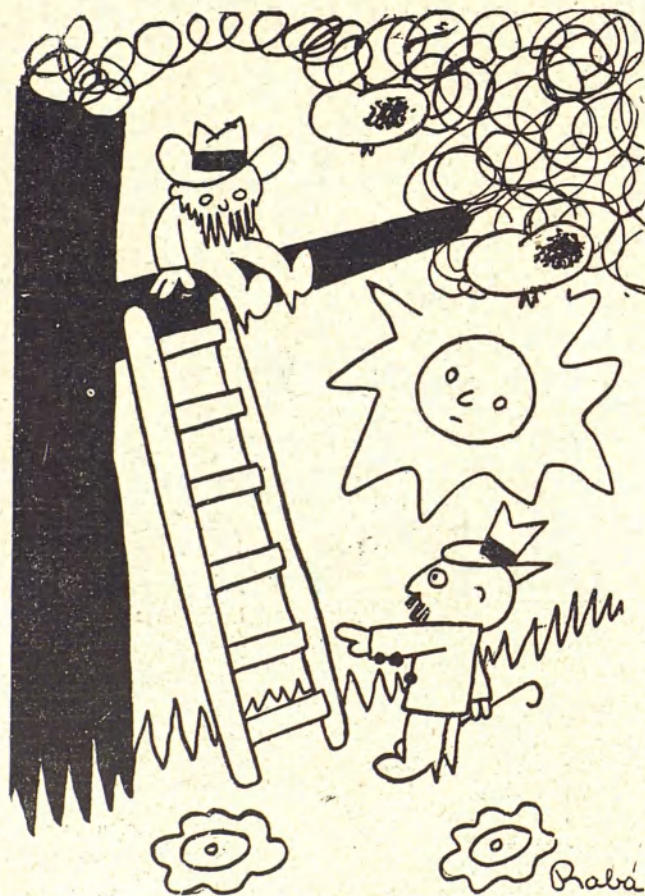
—¡Mire usted!...

Avivada nuestra curiosidad nos acercamos. En la puerta del establecimiento había un anuncio que decía: "Cerrado de una y media a tres y media."

Si el papanatas es el causante de toda aglomeración en la vía pública, el desocupado es su complemento, su comparsa. Desde luego, la animación madrileña—esta animación característica de la capital de España—debe mucho a los papanatas y a los desocupados. Ya dijimos otra vez (1) que el Municipio tiene a sueldo unos cuantos trotavías de éstos para que den "vida y movimiento" a la población. Por eso Madrid es en la calle el pueblo más entretenido del mundo.

GAMITO ITURRALDE

(1) "Peatones-taxis", publicado en BUEN HUMOR del día 8 de junio último.



—¿Qué haces ahí?

—Estoy vendiendo escaleras.

—Pero, ¿tú crees que este huerto es sitio a propósito para vender escaleras?

—Yo creo que escaleras se pueden vender en cualquier parte.

Dib. RABÁ.—Madrid.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

"TIC TAC"

Se ha estrenado *Tic-Tac*. Es una excelente obra de teatro. Y una obra de teatro excelente. Son dos cosas.

Claro que con sólo decir eso y con decir eso sólo, no basta para que pueda el lector llegar a conocimiento de la obra de que se trata: hoy por hoy ya no se sabe qué se entiende por teatro, por excelente y por obra. El vocabulario en estos tiempos ha perdido por completo su significación. Ahora que se usa la palabra "intelectual" para insultar a la gente, y se dice de un autor que es "muy moderno", como si eso quisiera decir algo, las palabras han perdido su significación verdadera y no podemos saber al emplearlas si decimos una cosa o la contraria. No hace mucho, v. gr., leíamos en el *ABC*, en las páginas teatrales de los jueves, las declaraciones de un autor acerca de su obra. La obra se llamaba—y se sigue llamando, pues aun dura en los carteles, y que dure, por nosotros, muchos años—*Me caso en la mar*! Nosotros al ver el título—no precisamente heráldico—dimos un pequeño respingo y... repetimos el título. ¿Qué sería aquella obra? ¿Qué dirían de ella los autores? La obra, a pesar del título, podía ser excelente: rabelesiana quizá... Son muchos los buenos clásicos que también se han casado en la mar sin que eso haya implicado nada en contra. Pensábamos, pues, mil palabras, y todas a favor, que nos parecían posibles, pertinentes y aplicables a la obra. Y sin embargo, lector, no pudimos jamás figurarnos que emplearan la que empleaban. La autocrítica comenzaba de este modo: "Hemos querido hacer una obra limpia". Pero... "¡Me caso en la mar!" ¿una obra limpia? ¿Precisamente limpia?... Pues, tal vez... Y es que a lo mejor esa palabra tiene, como tantas otras, acepciones contradictorias.

Por eso hay que aclarar y que explicar cuando se dice de una obra teatral que es, en efecto, "teatral" o "de teatro".

Hay gentes que preguntan cuando uno ensalza una obra: "Pero bueno, ¿es teatro?". Y a las primeras de cambio, le aclaran a usted la pregunta, porque añaden: "Quiero decir si el autor es autor

que da pesetas... Si es autor de taquilla".

Aquí ya, como se ve, comienza la confusión del vocabulario: "teatro" y "taquilla" son sinónimos... y usted se queda perplejo; porque la taquilla es también parte integrante del teatro; pero ¿el todo?

¿Qué obras de teatro serán esas que tienen que verse siempre por el agujero, tan angosto, de la taquilla teatral?

Nosotros hemos oído a los especialistas del teatro, y no acabamos, la verdad, de llegar a un acuerdo. Los que opinan así con más frecuencia son los cómicos. "Yo sé lo que es teatro", nos dicen. Pero, ¡no lo crea nadie! Son poquísimos

los cómicos que han visto obras de teatro. Ni siquiera la obra que hacen la han podido ver; las otras, no digamos. ¿Cuándo? ¿Dónde? Ven de cuando en cuando alguna en las épocas en que están parados y eso en el caso mejor, en el más excepcional, porque el cómico parado se va al café, no al teatro...

Así que no hagan caso; no son esos los "hombres de teatro". El hombre de teatro es —si acaso, si acaso—el señor que se sienta en su butaca, en todas las butacas de todos los teatros del planeta, previo el pago en taquilla del precio de la misma.



—¿Qué caída sería, que rodé todas las escaleras desde el quinto piso.

—Ya puede usted dar gracias a la Providencia...

—¿De qué? ¡Si no me ha perdonado ni un solo escalón!

Dib. MOLL.—Madrid.

Ese es el único "hombre de teatro" que podría, si acaso, tener autoridad para aclararnos esa idea misteriosa de las obras "de teatro y de taquilla". Porque para hablar con hechos de las obras teatrales "de taquilla", hay que tener un poquito de erudición taquillera.

Sabemos, desde luego, que algunos entienden por eso de obra de taquilla aquellas que dan dinero, que traen dinero al dueño de la empresa, sea como sea.

¿Queremos nosotros decir que *Tic-Tac* es de esas obras? ¿No ofendamos!... Si a un padre se le pregunta: "Bueno, y ¿qué?, su hija es de taquilla... ¿Le trae a usted a casa pesetas?"..., nos contestará ese padre: "Hombre, caballero, le diré... Yo a mi hija la creo bella, honrada y, si no genial, discreta. He procurado que sea instruida, inteligente, educada; que haga en sociedad el mejor papel posible; y hasta que aprenda a trabajar para ganarse la vida. Y trae, en efecto, pesetas..., un sueldo decoroso cuando puede... Si eso es lo que usted

pregunta, mi hija es de taquilla, sí, señor; pero si usted quiere decir si trae tantas pesetas como la hija del vecino del primero, que no es más guapa ni más lista que la mía, pero es más... *entretenida*..., si quiere usted decir eso, entonces, no, señor: mi hija no es de taquilla".

En esto de los autores que "dan o no pesetas"—a nosotros ninguno nos ha dado en la vida ni dos reales—hacemos, por lo tanto—mientras no nos aclaren esa idea de los teatros constituidos nada más que por la taquilla—, una distinción sumaria: las obras que entretienen y las obras *entretenidas*.

Tic-Tac es una obra que entretiene. Reune por lo tanto condiciones de teatro, de un teatro que aspire a ganar las pesetas, desde luego, pero con decencia ante todo.

Claudio de la Torre hace poco fracasaba en una comedia. Había algún que otro amigo que quería paliar la equivocación. Nosotros protestamos. E insistimos. Querer sostener que aquello era digno de este autor era como dar por

sentado que era aquello lo más que se podía esperar del autor. Y era matarlo; porque se equivoca en grande el que pueda suponer que aquella obra daba la medida de Claudio. *Tic-Tac* demuestra que no.

Tic-Tac es una obra que tiene sencillez, humanidad, espectáculo, profundidad dolorosa y sugerencias de idea; todo enlazado con arte y con arte del mejor. ¿Qué más pedir?

¿No es teatro? ¿No ha de ser! Es el más teatro de todos. ¿Cómo no serlo una obra que ha conseguido ser al mismo tiempo drama realista, y de ideas, y sentimental, y metafísico y guñol!... Todos los teatros conocidos están allí; todos juntos... Muñeco, estampa y palabra... Y entre el *Tic* y el *Tac* del tiempo, el *Acá* y el *Allá*, el Destino y la Libertad, la Realidad y la Aspiración... todo el vaivén y el tic-tac del reloj, del corazón, del mundo, de la existencia...

Todo eso, tan profundo, no está tratado en profundo, está en juguete: en el tic-tac que tanto intriga e ilusiona a los niños que escuchan—y presienten—en el reloj del abuelo, el tiempo y el pulso entero de una maquinaria mistriosa... Eso es teatro, ¿no ha de ser!

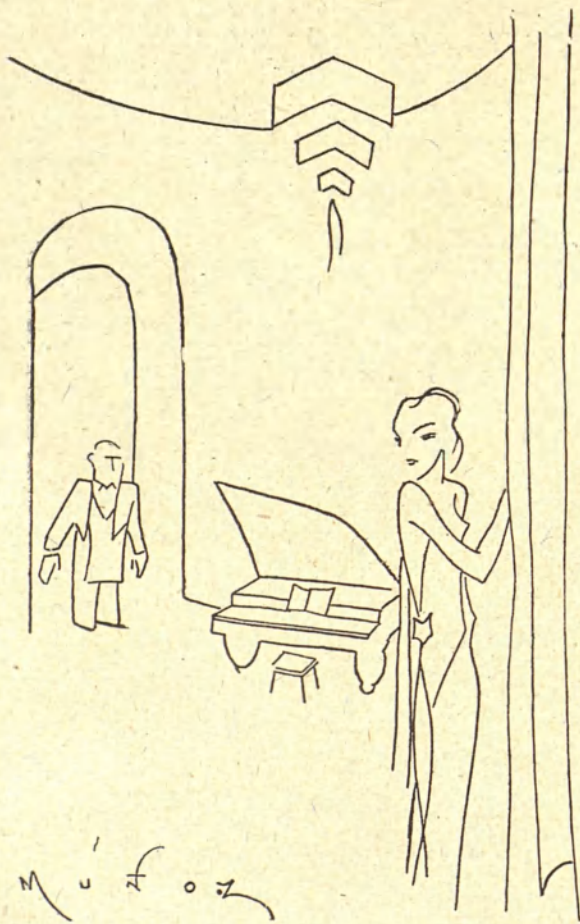
Lo que pasa es que no nos aburre con esos detalles "reales" que hacen decir a las gentes "qué bien observa la vida". En la escena, p. ej.—¡preciosa!—, de los vecinos, dice cada cual lo preciso, con realista exactitud en lo preciso, pero vistiéndose de guñol en lo demás. El teatro que "da pesetas"—con gran frecuencia de plomo—para hacernos ver lo que los vecinos opinan del protagonista, hubieran hecho desfilar por la bohardilla del protagonista al uno y al otro vecino; y con pretextos realistas y todo: "Aquí vengo, señora Fulana, a traerle el perezil que me prestó el otro día... Y su hijo, ¿qué tal? Siempre tan raro..." Y así, cuarenta minutos, sin ahorrar una idiotez de todas cuantas dicen los vecinos... Todo para que se diga: "¡Qué bien observado está... no se le escapa detalle".

Fernando Soler es un actor sencillamente magnífico. Sencillamente, sí: y eso es lo grande. El papel, difícilísimo; lo sostuvo, lo matizó, lo enriqueció, sin dar sensación de esfuerzo ni de rebuscamiento artificioso. Gran actor.

Pero, además, gran hombre. El artista que dice, como él dijo la noche del estreno: "Me dé o no me dé dinero, estoy más contento esta noche al ver que han aplaudido que si me hubiera caído el premio gordo"; el hombre que así habla después de estrenar obras de este tipo, es todo un hombre.

No dejemos de alabar, en general, la interpretación, excelente; en particular al señor Calle—¡qué requetebuenísimo actor!—, y al decorado todo de la obra, acierto pleno.

MANUEL ABRIL



—Faustino, ¿ha preguntado usted a don Ruperto si se queda a comer con nosotros?

—Sí, señorita, y me ha dicho que no, porque hoy tenía mucha hambre.

Dib. Muñoz.—Madrid.



—No, hijita. Ya no puedes montar en el elefante; ¿no ves que está empezando a llover?
—Pero, mamá, ¿no podría ir en el interior?

(De *The Humorist*.)

CHISTES DE TODO EL MUNDO

Un individuo preguntó en el hotel el precio de la habitación. Le pareció bastante caro, y exclamó:

—¿Y cuánto llevan por tener el auto en el garaje?

—No se carga nada sobre el precio de la habitación.

—Bueno; pues dormiré en el auto esta noche.

(De *Liverpool Post*.)

La pianista del hotel estaba recolectando en las mesas. Un individuo le dió diez céntimos.

La pianista (ofendida).—¿Qué es esto? Me da usted sólo diez céntimos y hace un momento ha dado usted sesenta céntimos a un pobre.

El individuo.—Sí; pero ese pobre no toca el piano.

(De *Hummel Hamb. rg.*)

La joven profesora explicaba a sus pequeños discípulos todo lo relativo a los vientos: su poder, sus diferentes efectos, etc., etc.... Y, entusiasmada, les dijo:

—Muchachos, cuando venía a la escuela esta mañana, en la imperial del auto-

bús algo muy suave llegó a besar mi cuello. ¿Qué creéis que era?

—¡El conductor!—gritaron los muchachos alegremente.

(De *Nottingham News*.)

La nueva rica.—Deseo un globo terráqueo para mi chico.

El vendedor.—Sí, señora. ¿De qué tamaño?

La nueva rica.—¡De tamaño natural!

(De *Falln, Viena*.)

—Mi hija pequeña se ha tragado una moneda de oro y hay que operarla. ¿Cree usted que puedo confiar la operación al doctor Robinson?

—Sin ningún género de duda. Es honradísimo.

(De *Fliegende Blaetter, Munich*.)

El doctor.—Nada de alcohol, tabaco, exceso en las comidas, teatros, bailes...

El paciente.—Pero ¿qué debo hacer?

El doctor.—Ahorrar lo bastante para pagarme mi última cuenta.

(De *Nebelspalter, Zurich*.)

La señora bondadosa.—¿Por qué no trabaja usted?

El vagabundo.—Trabajaría si tuviera herramientas.

La señora.—¿Qué clase de herramientas necesita usted?

El vagabundo.—Un tenedor y un cuchillo.

(De *Nottingham News*.)

El camarero (a una reunión de catorce individuos).—Señores. Ahí está una señora que dice que su marido le prometió volver a casa a media noche, y viene a buscarle.

Los catorce (levantándose).—Buenas noches, amigos. Mañana nos veremos.

(De *Lustige Lachse, Leipzig*.)

—Tengo una idea que me va a proporcionar miles de libras esterlinas.

—Siempre te he tenido por hombre de talento. ¿Qué has inventado?

—Nada. Mi idea es casarme con la hija mayor de Rotchild.

(De *Karikaturen, Oslo*.)



LA MUJER Y YO, MANO A MANO Por ANDOR GABOR

—¡Vamos a servir la primera tanda!—exclamó en el departamento un empleado del vagón restaurante.

Y todos los viajeros, semejantes a pequeñas barquichuelas atravesando un estrecho durante una tempestad, se pusieron en marcha camino del restaurante, a lo largo del estrecho pasillo, viéndose empujados de una pared contra la otra. Yo también tengo que bailar a lo largo del pasillo, y, entrando en el comedor, tomé asiento en el puesto que me señalaron. Una mesita en la que no hay más que dos sitios, uno frente al otro; debo sentirme por ello satisfecho, pues de ese modo no habrá más que un hombre a quien mirar hostilmente mientras coma. De no ser así hubiera habido tres, y es demasiado para un hombre tan cortés como yo. Resulta una sensación muy extraña la de tener que mirar desde tan de cerca la boca de personas completamente desconocidas, que se sienten molestas, que tratan de no hacer ruido con los labios al comer, de no sorber la sopa, tan sólo para que yo, de quien todo lo ignoran, forme una buena opinión de ellas. Siempre he sentido ganas de decirles que las dispensaba de todo aquello; que, por lo que a mí se refería, podían comer y conducirse como quisieran; no las citaría ante el tribunal de la historia. ¡Pero que hiciesen conmigo otro tanto!

Aguardo a ver quién es el que se sentará frente a mí en la silla vacía. ¡Una mujer! No levanto los ojos para no molestarla clavándole mi mirada. Hago como que leo con la mayor atención en la lista el nombre de las espinacas y de la carne picada. Veo que esta mujer no es ni guapa ni muy elegante; pero, en fin, a pesar de eso permaneceremos a gusto durante un cuarto de hora uno frente a otro. La mujer arregla su peinado. ¡Oh, esto es muy gentil por parte suya, pues no quiere que vea sus cabellos en desorden! Traen los entremeses, y la mujer se sirve muy poco. Comprendo que no quiere que crea yo que come mucho. Desde Byron no está bien el que una mujer coma mucho, ya que, lo que es bastante triste, no tiene más remedio que comer.

Durante los entremeses, la señora comienza a mirarme. ¡Caramba! ¡Cómo me mira, qué fijamente! Me mira sin cesar, y de una manera que no es

posible dejar de comprender. ¿Qué es lo que antes había dicho? ¿Que esta señora no era guapa? ¡Oh, es bastante guapa! De todos modos, no se la puede llamar fea. En torno a su nariz y a su boca hay ciertos rasgos gentiles. Me mira tan descaradamente, que comienzo a turbarme, confundiendo la sal con el azúcar. Parece ser que yo la he agradado. He de decir con toda sinceridad que esto no me sorprende. Todavía hay hombres guapos sobre la tierra, y si hasta ahora yo no me he tenido por guapo, en lo sucesivo podré hacerlo sin temor, puesto que no es cosa que ocurra todos los días el que una dama aristocrática se rinda enamorada de un hombre a los tres minutos de verle. Y esta dama es una aristócrata; no hay más que fijarse en su elegancia. Y también es hermosa; hasta ahora no había visto lo hermosa que es. En torno a sus sienes y a sus orejas hay algo positivamente hermoso. No cabe duda; es hermosa, muy hermosa, pues ahora ya me sonrío, dedicándole distintas sonrisas, como si quisiera ensayar cuál de esas sonrisas le sienta mejor. Me gustaría decirle que, para mí, cualquier sonrisa me agrada viniendo de una mujer tan maravillosa. Estoy muy satisfecho de no haberme puesto la alianza matrimonial. ¡Ah, qué prudente disposición ha sido la tomada al



El poeta lírico mejicano ofrece su nueva poesía al director de "El Correo Mejicano".

(De Uhu.—Berlín.)

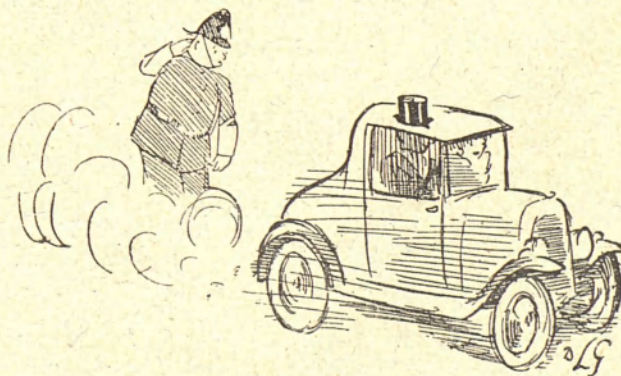
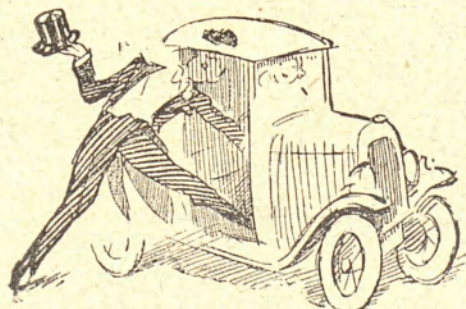
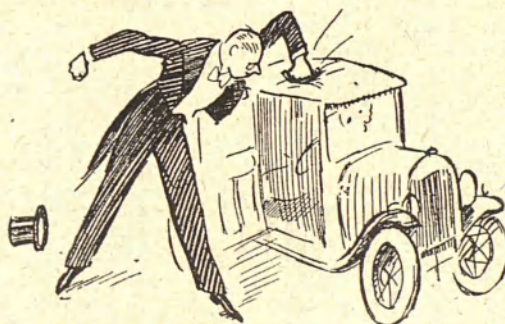
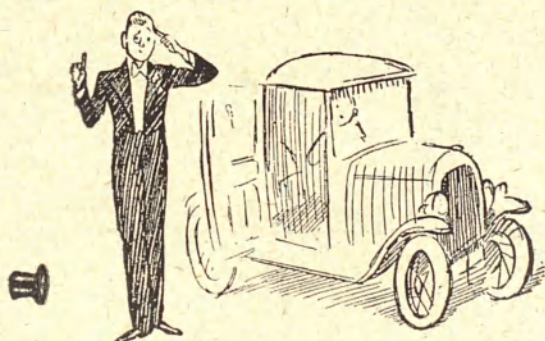
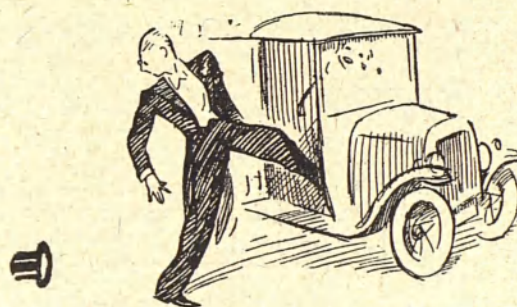
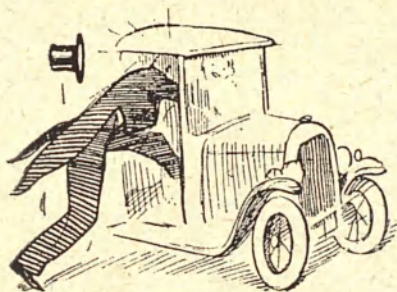
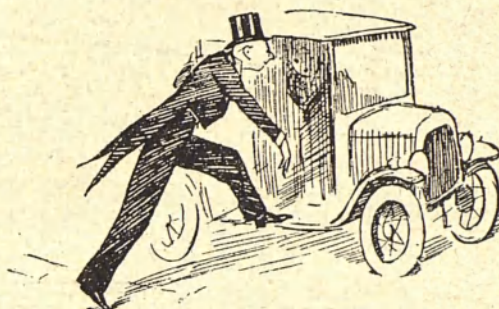
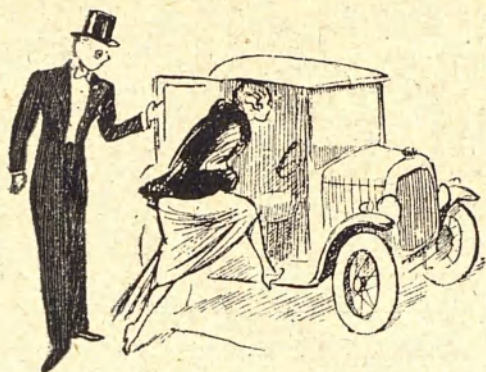
no ponérmela! Si llevase la alianza, la baronesa vería inmediatamente que, a pesar de mi juventud, soy un hombre casado, y entonces no se atrevería a mostrarse tan enamorada de mí como en este momento visiblemente lo hace; sus ojos brillan, mirándome con un aspecto cada vez más animado... "¡Oh, hada mía!—digo en mi interior—. Hada, ¡cómo te muestras superior a todos los prejuicios de la sociedad! ¡He aquí que, sin preocuparte de que seas una condesa, me distingues de tal modo con tus sentimientos, a mí, al plebeyo, que ni siquiera soy hijo de campesinos, y, sin embargo, eres maravillosamente hermosa, y hasta los mismos reyes caerían a gusto, rendidos, a tus pies!" Ahora soy yo el que come poco; aunque me maten no probaré el pan, para que este ángel vea con quién se las ha; las gentes distinguidas no suelen comer mucho pan, y yo también perderé la costumbre de comerlo para ser delgado y seductor toda mi vida, que se verá embellecida por tu amor, ¡oh, electora palatina! (1), que me has elegido. Discretamente, en voz muy baja, ordeno al mozo ponga una botella de champaña sobre mi mesa. Nunca lo bebo; pero ¡qué diferencia entre un hombre que en una sencilla comida de vagón restaurante toma champaña y aquel que bebe agua mineral! La reina ni siquiera se entera del champaña, de tal modo me mira a mí, que es lo único que la interesa; parece no preocuparse de si soy rey o mendigo, tan fatal es la pasión que en su corazón he hecho nacer. La comida ha terminado y ella va a levantarse, a decirme algo; me hará una seña, se descubrirá. ¡Oh, qué maravillosa aventura!

La dama se levanta, me mira una vez más, de una manera todavía más intensa, y se marcha con rítmicos movimientos.

De repente el mozo comienza a limpiarse con su servilleta algo que hay a mi espalda. Miro hacia allí... Un espejo.

Detrás de mí hay un espejo, el espejo del vagón restaurante. He estado sentado entre la mujer y el espejo. Mano a mano: la mujer y el espejo... ¡Oh, es inaudito el que las mujeres feas, y sobre todo las de clase baja, sean tan vanidosas!

(1) Título de la antigua Alemania.



UN HOMBRE TESTARUDO

(De The Humorist.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

A M A D O R

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—Pero, Eustaquio, ¿has "prosperao"? ¡Con traje nuevo y fumando cigarro de veinte!

—Sabrás que entre "el Chiripa" y el que suscribe hemos abierto una tienda.

—¡Ah, vamos! Entonces, ¿es la tienda que se abrió en la calle del Salitre el otro día?

—No; nosotros la abrimos de noche violentando los cierrres.

El carbonero (Madrid).

Entre amigos:

—Oye, Pachín: ayer pasó junto a mí tu amigo Pepe con la esposa, y no me saludó.

—Es que iría hablando con ella y no te vió.

—¡Pero si la esposa la llevaba puesta en las manos!... Etayo (Oviedo).

En la joyería:

—Estos pendientes de brillantes valen dos mil pesetas, y esta cruz de oro con diamantes

tes puedo dejársela en cinco mil.

—Bien; pues me llevaré solamente los pendientes, porque están bien de precio.

—¿Y la cruz?

—La cruz es cara.

Embajadores.

Entre vecinas:

—¡Pobre señor Venancio! ¡No somos nadie en este indecente mundo! ¿Y sabe "usté" de qué ha muerto?

—"Pos" dicen que trabajaba en un derribo y le ha caído

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y MONIERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género

Casa de las Pantallas

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

un pedrusco en "toa" la cabeza.

—¡Ah, ya! Eso es lo que llaman el mal de piedra.

Julio Sanz (Madrid).

Diálogo infantil:

—¿Qué es tu padre?

—Aviador.

—¿De los que vuelan?

—No. "Aviador" de calzado.

—"Pos" el mío trabaja en un banco.

—¿Es empleado?

—No. Es carpintero.

J. S. del M. (Madrid).

—Nunca he podido hacerlo...

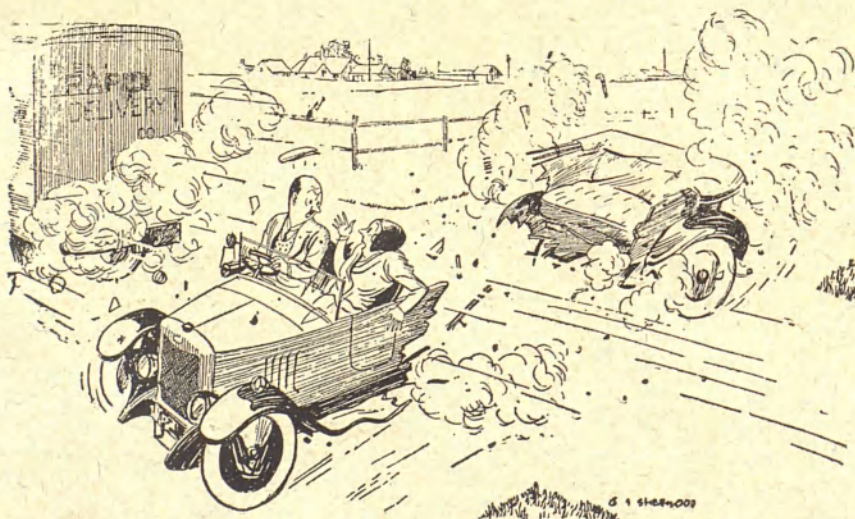
—Pues como lo alcance aquél, hágase la cuenta que ha perdido su vida entera...

Y dió un salto y encaramitose en lo alto de una encina mientras se reía de la Cien-cia.

Pompas fúnebres (Enguera).

En un pueblito español:

Un cacique. — ¡Chico! ¿No te has "enterao" que el veteri-



El (después del choque).—Ya estarás satisfecha. ¡Ya se te han cumplido tus deseos de tener un coche con solo dos asientos!

(De Jude.)

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente.

Cuidado con las imitaciones
De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

nario ha "curao" por el nuevo procedimiento?

Otro cacique.—¡Sí!

Otro cacique.—¿Y a quién han "curao"?

Otro cacique.—Pues han "operao" al lotero.

Otro cacique.—¿Y qué "resultaos" ha "tenío"?

El primero.—Pues que le ha "sacao" un trigésimo de la lotería.

Otro cacique.—¡Vaya majadería!

Enrique Soto y Soto.

La cocinera (volviendo de la compra).—El tendero me ha dado el cambio equivocado.

La señora.—Vete al momento y arréglalo. Otra vez pon más cuidado.

La cocinera.—Si me dió dos pesetas de más.

La señora.—Vete al momento y que el tendero tenga otra vez más cuidado.

Citores (Ronda).

En el café:
—Café con media para mí, y la señora, con dos medias.
—Eso de la señora con dos medias ¿es chiste?
—No, señor; es hambre.
Jerónimo Ruiz.

—Tu reloj, ¿es Ancora?
—¡Sí..., de salvación cuando no tengo un cuarto!

F. O. M.

Decían a un viudo:
—¿Por qué no te casas? Así vives mal.

—Porque, según no recuerdo qué sabio, decía: el que se casa por primera vez merece la lástima de sus semejantes; el que por segunda, el desprecio, y el que por tercera, me-

rece garrote vil... Y yo no quiero merecer más que lástima.

Francisco Olivas (Madrid).

En los exámenes:
Profesor.—Veamos, Carlitos, ¿qué se entiende por un cuerpo transparente?

Carlitos.—Un cuerpo a través del cual puede verse.

Profesor.—Muy bien. Cíteme un ejemplo.

Carlitos.—Una cerradura.
J. G. O. (Tárrega).

Marimachos:

—¿Quiere usted decirle a ese caballero que tiene el puro en la boca y la melena corta que se quite el sombrero?

CUPON

correspondiente al núm. 463 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

—Ese caballero es mi mujer.

Manuel Martínez Zarranza.

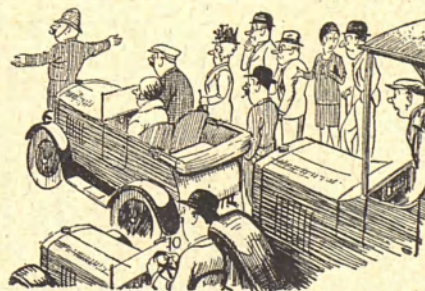
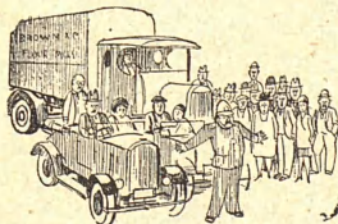
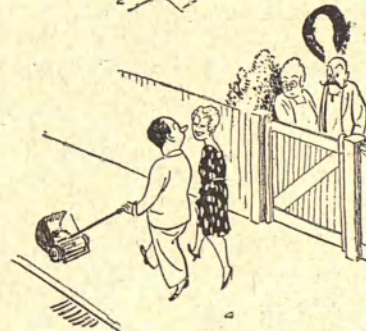
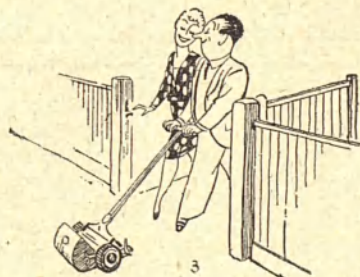
Entre comadres:

—Mi hijo Agapito se hizo constructor de pitos por complacer al público.

—¡Caramba! ¡Qué raro!

—Sí; porque todos le llaman: Aga... pito, Aga... pito.

Ni (San Sebastián).



EL AMOR ES CIEGO

(De London Opinion.)



Correspondencia muy particular



C. M. (Fuenlabrada).—¿Conque usted está tan triste porque se la ha muerto un burro?... ¡No se apure, hombre, que mientras usted viva no hay cuidado de que se extinga la familia!...

A. R. M. (Gerona).—Su colaboración nos honra una barbaridad; pero no nos conviene, aunque esto le parezca a usted otra barbaridad.

Garro (Madrid).

Mi querido amigo Garro: voy a añadirte una "u" y voy a llamarte guarro, puesto que guarro eres tú.

Y así, diciendo la verdad, no te insulto, aunque te lo mereces de un modo exquisito y definitivo.

T. V. H. (Alicante).

Su "Defensa de una dama" es una enorme camama.

L. M. R. (Badajoz).—Corto y muy malo. ¡Así, corto y clarísimo!

H. C. S. (Oviedo).—Poco humorístico y poco interesante.

Z. Ceritos (Burgos).—¡Ni cabe en el periódico ni cabe estupidez más enorme!...

T. B. P. (Madrid).—Es una estupidez tan grande como mi esperanza en cambiar de posición.

V. E. Q. (Sevilla).—¿Doscientos versos, y los doscientos totalmente chulapones?... ¡Antes la defunción!...

P. M. S. (Avila).—En cuanto

nos acometa un ataque de locura, lo publicaremos. Antes de eso, no puede ser.

Fritz (Barcelona).—No hay manera de que nos entendamos, amigo Fritz.

Aunque, con esto que le acabo de decir, por lo menos me habrá entendido usted a mí.

L. G. D. (Salamanca).—Tanto la parodia baudelariana como las "Cosquillitas", son categóricamente nefandas.

C. B. (Sevilla).

"Ze ve" que el pobre C. B. es imbécil de verdad.

¡Ya lo creo que "ze ve"!

¡¡C. B., qué imbecilidad!!

M. A. R. (Madrid).—Eso es bastante malo, y no es porque esté usted delante.

J. T. S. (Valencia).—A nosotros no nos asusta su señora madre política. Nos da mucho más miedo la nuestra. Un negocio: ¿quiere usted que cambiemos?

P. G. O. (Zamora).

Seis dibujos que fenecen porque malos nos parecen.

B. R. L. (Madrid).

Su cuento "Perro molesto" también acabó en el cesto.

Pepita (Barcelona).—¡Jesús, Dios mío, qué horror!... Pero ¿no le da a usted vergüenza, siendo una señorita soltera, narrar esas atrocidades?... ¡Qué dirá su papá cuando se entere, Virgen Santísima!...

P. G. M. (Bilbao).—Título

de su artículo: "¿Hay permiso?"...

Contestación nuestra: ¡Hay narices!...

Y no hay más, por desgracia para usted.

Villota (Madrid).—Su artículo es más extenso que el desierto de Sahara, y todavía con menos "sombra" que el mismo. No es negocio.

B. H. M. (Cáceres).—Usted no será burro en la actualidad; pero que acabará usted por serlo como siga metido en estos trotes, es indudable e inevitable.

C. R. F. (Toledo).—Su cuento militar, ni aun vestido de paisano tiene pase.

Esquerdo (Soria).

No debe extrañarle a Esquerdo que digamos que es un cerdo.

T. L. T. (Aranjuez).—Una modesta observación, amigo y compañero de nuestra alma: "artículo" no se escribe con hache... Pero, además, y si buenamente puede ser, usted no debe escribirlo ni con hache ni sin ella. Saldría usted ganando lo que no puede usted figurarse. ¡Y nosotros, no digamos!

Cuatro tirios (Madrid).—Los cuatro "tirios" son los que les debían propinar a ustedes por la majadería estruendosa que nos han dispensado.

R. C. N. (Valladolid).—Es más malo que un catarro en el Polo Norte.

P. P. (Barcelona).

Ese cuento, que usted llama "El estreno del pijama", es una suave camama que no le ha de dar gran fama.

P. L. A. (Burgos).—No sirve, como es ya añeja costumbre en sus frecuentes envíos.

A. T. C. (Granada).—Resulta más flojo que mis tirantes. Y tan viejo como ellos.

C. A. M. (Crevillente).

Es usted de una inconsciencia rayana en estupidez. Le falta a usted experiencia, pero le sobra idiotez.

Agareno (Tánger).

Los dibujos de Agareno son dos, y ninguno bueno.

P. M. M. (Madrid).

Sus "Versos a una cojita" tienen muy mala patita.

B. C. R. (Valencia).—Eso no es negocio para nosotros. Y de serlo sería un negocio desastroso.

T. D. L. (Zaragoza).—Es de una horripilancia que produciría tremendos desmayos a varios lectores si tuviéramos la crueldad de publicarlo.

S. M. G. (Vigo).—Usted ha roto sus relaciones con Carmina, y nosotros hemos hecho lo mismo con las cuartillas en que nos refería la amarga escena.

Carloto (Gerona).

Mi distinguido Carloto: debe usted ser un "idiota".



CANAS Sin teñir, desaparecen usando
BRILLANTINA INDIA
PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE
PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO
Por mayor: JOSE BARREIRA.—Calle Muñoz Torrero, 6.—MADRID



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

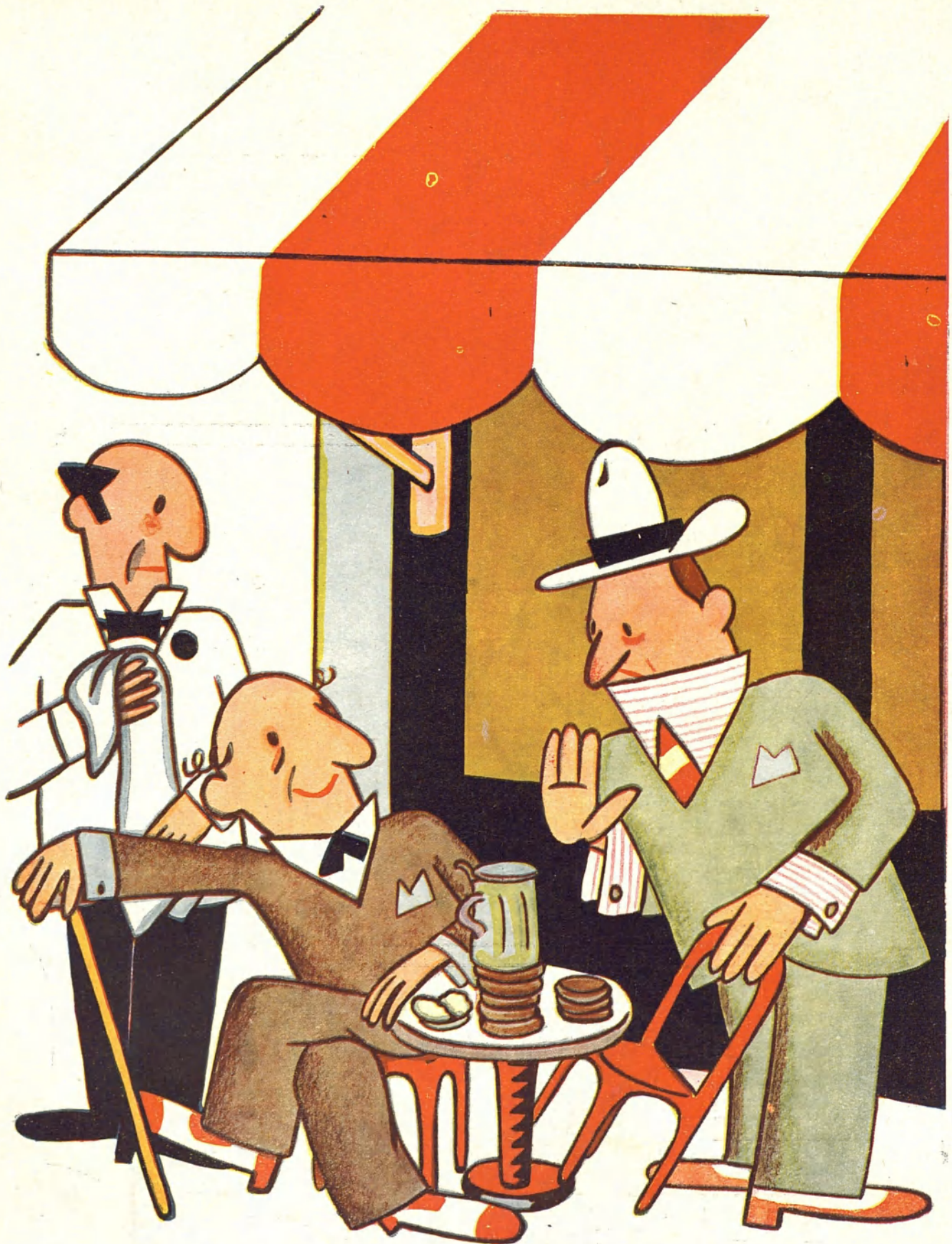
Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—Pero, hombre, ¿ya estás bebiendo? ¡Te vas a morir!
—¿Qué te apuestas a que no me muero? Ayuntamiento de Madrid
—¡Ah! Eso sí que no, chico. Tengo tan mala suerte, que si me apostara algo estoy seguro de que ya